

HQN™

CON SOLO
UNA CARICIA

Eva Gil Soriano



CON **SOLO**
UNA **CARICIA**

Eva Gil Soriano

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2019 Eva Gil Soriano
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Con solo una caricia, n.º 252 - noviembre 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1328-748-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*Para todas las lectoras que pidieron esta
historia*

Capítulo 1

Diario íntimo de Noelia Cox

Vuelvo a levantarme esta mañana para ir al trabajo, sin ningún aliciente interesante. Un día a día rutinario y aburrido como siempre.

Tras asimilar la muerte de sus padres, Noelia había pensado que su vida era perfecta, que tenía cuanto deseaba, cuanto necesitaba para ser feliz, pero qué equivocada había estado. Gracias a su cuñada, J.M., se había dado cuenta de lo insípida que era su existencia.

J.M. era una activista que igual se iba a Noruega a salvar a una ballena que al pueblo de al lado a defender a unos pollos. No le importaba con quién tuviese que enfrentarse para defender sus ideas y ella la admiraba por eso, no temía al qué dirán, era una persona íntegra y con principios.

Su hermano, Víctor Cox, se había enamorado perdidamente de ella y lo entendía, J.M. era tan distinta a ellos dos... Solía vestir vaqueros rotos y camisetas simples en lugar de los trajes de pantalón y chaqueta que solía llevar ella. Podía imaginar la pareja tan dispar que hacía con su hermano, que todos los días se presentaba con corbata al trabajo.

Desde que se habían casado, hacía un par de meses, vivían todos juntos en la casa que fuera de sus padres, un chalet situado a unos cuantos kilómetros de la ciudad.

Víctor y ella se quedaron solos hacía ya una década, cuando sus progenitores murieron en un accidente de tráfico, así que no se habían separado nunca pues solo se tenían el uno al otro. Y fue por

eso que su hermano no la dejó marcharse de casa al casarse con J.M. Víctor había hecho una promesa en la tumba de sus padres y precisamente por esa promesa permanecía siempre pendiente de ella. Le estaría siempre agradecida por haberla cuidado, pero ya no era una niña desvalida y no podía seguir tratándola de ese modo.

Ella quería demostrar que era fuerte y que podía salir adelante por sí sola. Su cuñada le había enseñado que eso era posible y no era que quisiera seguir su ejemplo y se fuera a salvar ballenas, sino que era capaz de marcharse de casa y hacer su propia vida.

Había vivido entre la oficina y la casa demasiado tiempo. Había tenido que crecer muy deprisa saltándose, por así decirlo, la adolescencia, y eso la había hecho ser muy responsable en todo cuanto hacía, ya fueran los estudios o, ahora, el trabajo.

J.M. le había dicho en un par de ocasiones que lo que necesitaba era un buen polvo para que se relajase y se quitase el estrés. Su cuñada era así de directa, soltaba las cosas sin anestesia previa. Evidentemente, su hermano había puesto el grito en el cielo cada vez que la había oído, pero ella seguía pensando que quizá su cuñada tuviese razón.

Aquello le hizo pensar en el día que perdió su virginidad, con dieciséis años y en la parte trasera de un coche con su novio de aquel entonces. En ese momento no se dio cuenta, pero no había estado preparada. Hacía tan solo unos meses que sus padres habían muerto, su hermano estaba ausente demasiadas horas porque debía acabar la carrera universitaria y ella necesitaba refugiarse en alguien. Su novio le pareció la mejor persona y, entregarse a él, la mejor decisión. Qué equivocada había estado, aquella primera vez fue un desastre.

Empezaron a besarse, él le tocó los pechos y logró excitarse sobremanera. Después pasaron a la parte de atrás, le levantó la falda, le apartó las braguitas y, con los pantalones a medio bajar, la penetró.

Fue incómodo, doloroso y muy poco romántico. Por supuesto, no llegó al orgasmo, ni sabía que eso existía.

Pensando que la culpa era del lugar y de su situación anímica, hicieron el amor un par de veces más. Fue en casa de sus padres

mientras Víctor estaba en la universidad. Lo hicieron en el sofá del salón y la siguiente vez en su propia cama, pero no sintió que el acto hubiese mejorado. Al parecer, su novio no veía necesario desnudarse al completo y tomarse más tiempo.

Tras pasarse llorando casi todo el día decidió dejarle, ya que le apetecía más estar abrazada a su hermano que a él y eso debía de ser una señal de que su relación no iba por buen camino.

Desde entonces no se había vuelto a acostar con un hombre, sabía que era patético, pero no le había apetecido. No estaba segura de si era por sus malas experiencias, aunque sabía que con otro hombre no tenía por qué ser así, quizá le iba genial y conseguía ese ansiado orgasmo que jamás había experimentado.

Había salido con más chicos, por supuesto, pero quizá el problema era que se había vuelto demasiado exigente y controladora, cualidades o defectos que asustaban a los hombres a los que ella ponía el ojo, que no eran muchos.

¿Qué era lo que pasaba con ella?, se preguntaba cuando apagaba la luz cada noche.

Llegó a la oficina en su propio vehículo, un Mini Cabrio color turquesa, saludó a la recepcionista y se dirigió hacia su despacho. Víctor y su cuñada habían salido de casa diez minutos antes que ella, así que imaginaba que ya habrían llegado.

Caminó de forma pausada tratando de recordar todo lo que tenía que hacer esa mañana. A pesar de creer que su vida se había vuelto una auténtica rutina, le gustaba su trabajo, era lo único que realmente la llenaba, su razón para levantarse cada día con cierto optimismo.

Al llegar hasta la mesa de su secretaria, que estaba situada justo en frente de la puerta de su oficina, esta se puso en pie y le entregó la agenda puesta al día.

—En media hora tienes que reunirte con Víctor y J.M. en la sala de juntas.

—No recuerdo esa reunión y no me han dicho nada durante el desayuno.

—Seguramente fue de improviso, porque me llamaron a primera hora para que la incluyera en tu agenda.

—¿Habrá pasado algo grave?

—No sé nada más.

—Gracias, Susi.

Abrió la puerta de su despacho y se dirigió hasta el escritorio, lo rodeó y se quedó unos minutos mirando por el ventanal que tenía a las espaldas de su silla.

Observó largo rato la calle y cómo los vehículos circulaban por ella. Se imaginó hacia dónde se dirigían, muy probablemente a sus lugares de trabajo, quizá otros a llevar a sus hijos al colegio o tal vez al gimnasio, al hospital a visitar a alguien... Había infinidad de sitios a los que se podía ir aunque ella iba siempre al mismo, eso nunca cambiaba.

Sacudió la cabeza para alejar esas ideas, debía dejar de compadecerse o acabaría medicándose por depresión. Miró el reloj; era hora de ver a su hermano y esperaba que nada grave hubiese sucedido. Con ese pensamiento, salió del despacho.

—Susi, si me llama alguien anota el recado y di que luego devolveré la llamada.

—Por supuesto.

A largas zancadas, las que le permitían sus tacones de diez centímetros, fue hasta la sala de juntas, donde ya la esperaban.

—Hola, ¿qué es lo que pasa? —preguntó nada más entrar mientras caminaba hacia la mesa para sentarse a la derecha de Víctor—. No me habéis dicho nada esta mañana.

—Como era un tema laboral, hemos preferido tratarlo en la oficina —respondió su hermano.

—No hay que llevar el trabajo a casa —comentó J.M. con una sonrisa.

—Bueno, vosotros diréis —dijo al tiempo que apoyaba los codos sobre la enorme mesa de nogal.

—¿Hay alguna vacante en las cuadrillas de obras para uno más? —quiso saber Víctor.

—Tendría que preguntar a los encargados. Por el momento no me han pedido más gente, pero puede que haya un hueco.

—Me harías un gran favor —rogó J.M.

—¿Es para un amigo tuyo?

—Más que eso, es para Valerio.

—¿Para ese? Perdona, J.M., ya sé que es tu hermano, pero es un impertinente.

La primera vez que lo vio, antes de que Víctor y J.M. se casaran, le pareció uno de esos tíos que piensan que con solo una sonrisa y un guiño de ojo ya te tienen conquistada. Su seguridad la irritaba enormemente y lo que más coraje le daba era que, pese a caerle tan mal, conseguía ponerla nerviosa.

La había invitado a salir en numerosas ocasiones ella se había negado en todas. Y después de todos esos intentos de coqueteo con ella, llegó a la boda de Víctor y J.M. acompañado de una pelirroja de bote con un vestido tan ceñido que dejaba muy poco a la imaginación. ¿Qué había pretendido? Valerio no era más que un mujeriego y ella no estaba dispuesta a ser una más en su lista de conquistas.

No soportaba a ese tío.

—Creo que eres demasiado dura. Reconozco que se mete donde no lo llaman de vez en cuando, pero es un buen hombre.

—No dudo de que sea bueno, cuando quiere —replicó Noelia.

—Además, lleva varios años en el paro, necesita con urgencia el trabajo, mantenerse ocupado y útil —insistió su cuñada.

—Haz todo lo que puedas, Noe —suplicó Víctor—. Por favor.

—Está bien, lo haré por vosotros, no por él.

J.M., sin previo aviso, se levantó y se volcó sobre Noelia, abrazándola.

—Gracias, cuñadita, eres la mejor.

—Eres una zalamera.

—No, para nada —dijo compartiendo una sonrisa traviesa con su marido.

Noelia se levantó de su asiento sacudiendo la cabeza. J.M. era increíble, siempre conseguía lo quería, al menos de Víctor y de ella. Pero tenía un corazón enorme y eso no se lo podía reprochar. Así que suspiró resignada.

Regresó a su despacho con una mueca de desagrado por la tarea que tenía pendiente. Fue tras el escritorio y cogió el teléfono para

hacer las llamadas pertinentes. Cuando algo no le gustaba y estaba obligada a hacerlo, lo mejor era quitárselo de encima cuanto antes.

Unas horas después, respiró tranquila. Había cumplido la misión. Tuvo que hacer unas cuantas llamadas que le llevaron gran parte de su tiempo, pero había conseguido un puesto de Oficial de Primera en una de las obras más grandes que tenían en ese momento. Estaba en la ciudad vecina, pero era lo único que había por el momento, se tendría que conformar.

Y ahora llegaba lo peor: había que avisarle. Prepararía toda la documentación y se la pasaría a J.M. Bastante había hecho con buscarle empleo, no tenía por qué ser ella la que hablase con él.

Una vez acabada la jornada laboral, se marchó directa a casa, hacía mucho tiempo que no tenía planes para ir a ningún otro sitio. Solo los sábados se atrevía a salir y divertirse o, al menos, tratar de divertirse. Tenía un par de amigas con las que ir, pero tampoco eran íntimas, quizá por ese motivo no se lo pasaba en grande. Su vida social era desastrosa, pero ¿cómo cambiarla?

Cuando llegó fue hasta su cuarto, necesitaba una ducha urgente para despejar la cabeza. Mientras se colocaba el pijama escuchó las risas de Víctor y J.M., que acababan de entrar en casa y parecían estar en plan juguetero. No le molestaba, pero se sentía incómoda porque estaba invadiendo la privacidad de los recién casados. Era una muestra más de que debía marcharse de allí lo más pronto posible.

Se acostó en la cama y encendió su portátil. Todavía no había leído el periódico y le gustaba estar al día de la actualidad mundial.

Al cabo de un rato en el que había estado sumergida en temas de política, llamaron a la puerta.

—¡Pasa!

—Víctor y yo hemos preparado pizzas por si te apetece cenar con nosotros —le dijo J.M. entrando en la habitación.

—No teníais que haberos molestado.

—Ya sabes que no nos molesta, nos gusta comer juntos, en familia.

—Gracias, ya bajo.

Por mucho que les decía que hiciesen su vida en pareja, ellos siempre preparaban cena para ella. No pensaban dejarla al margen, no tenían remedio alguno.

Bajó, entró en la cocina, donde cenaban siempre que no hubiese invitados, y se sentó al lado de J.M.

—Mañana estará listo el contrato para Valerio —comentó cogiendo una porción de pizza para después metérsela en la boca.

—Qué rápido, Noe. Gracias infinitas. —Dicho esto le dio un beso en la mejilla.

—Puedes llamarlo cuando quieras para que vaya a firmar.

—Eh... mejor hazlo tú, yo estaré muy ocupada todo el día, así ya quedáis a una hora que os venga bien a los dos.

—Siempre igual, eres una lianta, J.M.

—No te estoy mintiendo, me ofendes.

—Lo que quieres es que haga las paces con él.

—Solo espero que, al saber que eres tú quien le ha conseguido el trabajo, os llevéis mejor.

—Nunca me llevaré bien con él.

—No digas eso, en la boda se portó bien y no te molestó.

—Porque iba acompañado de aquella pelirroja ordinaria.

J.M. se tapó la boca para no reír a carcajadas. Recordaba perfectamente a aquella mujer y no tenía la menor idea de dónde la había sacado su hermano. Sabía que lo había hecho para molestar a Noelia, ya que ella siempre le daba largas, y al parecer lo había conseguido o no la habría nombrado.

—Ah, esa chica —se hizo la despistada—. Ya ni me acordaba.

—Pues que lo llame Víctor si estás ocupada.

—Soy el presidente de la constructora, no tengo tiempo para esas cosas y tú eres la vicepresidente y encargada de Recursos Humanos.

—Tienes tiempo para lo que quieres. —Dio un resoplido y decidió claudicar o no la dejarían en paz. —Vosotros ganáis, lo llamaré.

Se bebió los dos dedos de vino que le quedaban en la copa y se marchó a su habitación. Se pondría a buscar casa ya mismo.

—Noe y Val son polos completamente opuestos —afirmó Víctor una vez que su hermana se había ido.

—Tú y yo también lo somos.

—Pero tú y yo nos gustábamos desde el principio.

—¿Y qué te hace pensar que ellos no se gustan?

—Ya has visto cómo se ha puesto. No me hagas reír.

—Los hombres no entendéis nada.

Lo que Víctor no sabía era que Val le había confesado a J.M. meses atrás que Noelia caería en su red y, dada la cara que se le quedó a Noelia el día de la boda al ver a la pelirroja, probablemente lo haría. Aún no estaba dispuesta a tirar la toalla con esos dos.

Capítulo 2

Diario íntimo de Noelia Cox

El día de hoy no tiene pinta de que vaya a ir mejor que los anteriores. Esta vez tengo que lidiar con el arrogante e impertinente de Valerio. Una cosa parece buena: no será un día rutinario como otros, aunque no estoy segura de qué es peor.

Le había pedido a Susi que le diera hora al hermano de J.M. para que fuese a firmar el contrato. Esta le había cuadrado la cita para las seis de la tarde, y para eso faltaban apenas unos minutos. No había dejado de mirar el reloj la última hora; conforme se acercaba el momento de verle, sus nervios se incrementaban. ¿Por qué tenía Valerio el poder de ponerla en ese estado? Seguro que el muy desgraciado se daba cuenta y por eso se burlaba de ella. ¡Cuánto lo odiaba!

Se levantó de la silla, caminó por su despacho durante unos minutos y volvió a sentarse. Abrió una carpeta, sacó unos papeles y cogió el bolígrafo, pensando en trabajar mientras llegaba. Cuadró los hombros y trató de leer lo que tenía delante, pero sus pensamientos volvían a ese hombre descarado y sin modales que estaba a punto de llegar. Pondría la mano en el fuego a que entraba por la puerta soltando alguna de sus impertinencias.

En ese instante sonó el teléfono y dio un respingo por el susto que se llevó. Había estado demasiado sumergida en sus pensamientos, pensamientos sobre Valerio. ¿Por qué tenía que estar todo el rato en su mente? Resopló con fastidio y cogió el auricular.

—Dime, Susi.

—Valerio Sánchez Ruiz ya está aquí.

—Hazlo pasar y acabemos cuanto antes.

—Muy bien.

Nada más colgar, la puerta se abrió y apareció un hombre alto y ancho de espalda, ocupaba todo el umbral con su presencia. Llevaba el pelo un tanto largo, sin llegar a tocarle los hombros y de un color negro azabache. La sombra de su barba era muy espesa y le daba un aspecto duro y varonil. Vestía un vaquero y una simple camiseta blanca que marcaba sus dotes masculinas. Noe sintió cómo los nervios se instalaban en su estómago y se obligó a relajarse, no estaba dispuesta a que ese hombre lo notara.

Valerio avanzó hacia el escritorio mientras sonreía con esa suficiencia que la enfadaba sobremanera. Se obligó a mantenerle la mirada hasta que el bolígrafo, que sostenía, resbaló de entre sus dedos y cayó al suelo.

—Mierda —musitó con fastidio y se agachó a recogerlo.

—Buenas tardes —saludó él, consciente del efecto que le causaba.

—Siéntate.

Aquella palabra fue una orden en toda regla.

—Gracias por darme trabajo —contestó mientras obedecía.

—No he sido yo.

—J.M. me dijo que estuviste toda la mañana buscándome un puesto.

—Para nada, solo levanté el teléfono e hice una llamada —mintió convencida de que no se daría cuenta—. Y no lo hice por ti sino por mi cuñada.

—Gracias igualmente, lo necesito de verdad.

Noe vio cómo le había cambiado el rostro al decir esas palabras. Por primera vez desde que lo conocía, le pareció serio y sincero. ¿Era posible o estaría fingiendo?

El sector de la construcción estaba pasando por un momento muy malo y muchas empresas habían quebrado. Gracias a Dios, ellos no, aunque la constructora lo había notado. Era consciente de que había demasiados albañiles para el poco trabajo existente, así que la oficina del paro estaba repleta de ellos.

Al fin y al cabo, Valerio formaba parte de la familia y, si realmente lo necesitaba, se alegraba de haberle ayudado. Claro que jamás lo reconocería delante de él.

—Firma aquí.

—¿No me lo vas a leer antes?

—¿No confías en nosotros? ¿Crees que te voy a engañar siendo el hermano de mi cuñada?

—Por supuesto que no, solo quería escuchar más tiempo tu dulce voz.

Valerio rio al ver cómo abría la boca, pero sin poder articular palabra.

—Firma y vete —espetó tras unos segundos al tiempo que se regañaba a sí misma por haber pensado que podía ser serio y que se merecía que lo ayudara.

—No se te puede hacer un cumplido.

Ella no contestó. Valerio suspiró, cogió el bolígrafo y garabateó su rúbrica en la zona señalada con una cruz.

—Ya está —dijo él.

—Pues ya puedes irte.

—¿No vas a decirme cuándo empiezo y dónde tengo que ir?

Era cierto, estaba tan ansiosa por que saliera de su oficina que no le había dicho nada sobre el trabajo. Valerio se burlaba de cada metedura de pata que hacía por su culpa. Sabía el efecto que le causaba. ¡Lo odiaba!

—Preséntate aquí mañana a las siete y media. Carlos te llevará a la obra.

—Ya que me has hecho firmar sin leerlo, ¿qué puesto es?

—Oficial de Primera.

—Me va genial, ¿y quién es ese Carlos?

—El encargado. Recogerá a dos empleados más y os llevará a la obra.

—¿Está lejos?

—No mucho, en la ciudad vecina.

—Aquí estaré, gracias de nuevo.

—Sé puntual y no me dejes mal.

—A pesar de lo que puedas pensar de mí, soy responsable en mi trabajo y lo último que haría en el mundo sería dejarte mal.

Valerio volvió a poner ese tono serio que ella no había conocido hasta ahora. Creyó de nuevo que se sentía desesperado por un trabajo. Trató de ver ese lado nuevo del hermano de su cuñada, un lado que le gustaba mucho más. Por un momento se le pasó el enfado y se alegró de darle un puesto. Un hombre con trabajo era un hombre maduro y con futuro.

Él se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero, antes de cruzarla, se giró y la miró fijamente. Aunque su rostro seguía serio, en su mirada pudo leer cierta picardía.

—¿Cenas conmigo esta noche para celebrarlo?

—¡No!

Escuchó como Valerio se alejaba del despacho riendo a carcajadas. ¿Cómo había caído otra vez en la trampa de pensar que podía ser un hombre maduro y responsable? Pero qué idiota era. Nunca cambiaría, siempre sería un mujeriego arrogante y prepotente con una lista interminable de mujeres que habían caído en sus redes.

Capítulo 3

Diario íntimo de Noelia Cox

Valerio me tiene totalmente desconcertada, por más que lo rechazo sigue insistiendo. Y no solo eso, sino que, además, se ríe de mí. ¿Lo hará a propósito? Seguro que sí. Y no entiendo por qué es tan persistente si anda con esa pelirroja. ¿Todavía estará con ella?

—Buenos días, Noe —la saludó su cuñada entrando en la cocina para desayunar.

—Hola, J.M.

—Ayer hablé con Val, está deseando empezar. Lo vi muy contento y animado, muchas gracias por haberle buscado algo. —Y la abrazó.

—Vale, vale —dijo restándole importancia y devolviéndole el abrazo.

—No te imaginas lo importante que era. Val suele ir de tío duro que nada le preocupa, pero no es así. Estaba bastante deprimido por no encontrar nada durante tanto tiempo.

—¿Deprimido? No sé yo, si todo se lo toma a broma. Espero que cumpla o nos dejará muy mal.

—Te aseguro que el trabajo no es una broma para él.

—Ya lo veremos.

—Cuando lo conozcas mejor verás que...

—No quiero conocerlo mejor.

—De acuerdo —contestó tristemente.

Noelia no daba su brazo a torcer. Iba a tener que hablar con su hermano o acabaría con el corazón roto.

A las siete y media Valerio estaba esperando en la puerta de las oficinas. Carlos llegó a los cinco minutos en una furgoneta con el logo de la Constructora Cox. Había recogido a dos obreros más que iban sentados en la parte de atrás.

Bajó la ventanilla y lo llamó por su nombre, Valerio asintió y se subió al vehículo.

Mientras conducía hacia las afueras de la ciudad, Carlos se interesó por su nuevo empleado.

—¿Hace mucho que eres Oficial de Primera?

—Nueve años.

—Nos vendrá bien alguien con tu experiencia.

—Estoy deseando ponerme a ello.

—Es un fastidio haber estado parado, ¿verdad?

—Lo estuve demasiado tiempo.

—El sector ha sufrido mucho estos últimos años.

—Esperemos que se vaya recuperando.

—Por cierto, ¿eres amigo de la señorita Cox?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque ella no suele emplear a gente personalmente y mucho menos ir llamando a todos los encargados buscando un puesto.

«Vaya, vaya, con que solo una llamada», pensó Valerio sonriendo. Se sentía halagado por que le hubiera dedicado parte de su tiempo a él, pero tampoco podía hacerse ilusiones, seguramente lo había hecho por J.M. Aun así, no pudo evitar que aquellas palabras le pusiesen de buen humor. A partir de ese día todo mejoraría en su vida, por fin veía una salida al pozo en el que había estado. Y, con un poco de suerte, Noelia estaría a su lado como había soñado desde el día en que la vio.

—Sí, nos conocemos —contestó tras unos segundos.

Carlos le puso cara de «cómo conocerá una ejecutiva como ella a un albañil como él» pero a Val no le importó y ninguno de los dos hizo más comentarios.

Valerio regresó con su mente al día en que vio a Noelia por primera vez. Había ido a la empresa a acompañar a su hermana. No estaba seguro de si habían sido sus ojos, su mirada, su cabello recogido en un moño que dejaba al descubierto su esbelto cuello, su traje oscuro y serio, o la forma en que este marcaba su silueta femenina. Fuera lo que fuese, lo había cautivado. En ese instante se prometió a sí mismo que la conquistaría y lo intentaba desde entonces. Sabía que una mujer como ella no sería fácil, así que tendría la paciencia que hiciese falta.

J.M. había tratado de desanimarlo todo el tiempo. Noelia era una chica demasiado seria y elegante para él, estaba de acuerdo con eso, pero había sido un flechazo. Hasta aquel día no había creído que existieran, sin embargo, la forma en que lo hacía sentir no podía ser otra cosa ya que jamás le había ocurrido.

Era consciente de que la ponía nerviosa cuando estaba cerca de ella, pero no estaba seguro de cuál sería el verdadero motivo. ¿Era porque le gustaba físicamente o porque la intimidaba? Tanto fuera una cosa como la otra, ella nunca lo reconocería. No obstante, esa actitud le daba la esperanza suficiente para no abandonar su empeño.

Había tratado hasta de darle celos en la boda de J.M. y Víctor. Se presentó allí con Sonia, una pelirroja espectacular que se había ligado en una discoteca la semana anterior. No fue una jugada limpia, pero quería ver la cara que ponía Noelia. La verdad es que tampoco le funcionó, solo consiguió que siguiera mirándole mal o peor. Cortó con Sonia al día siguiente y se prometió no volver a usar a nadie de esa forma. Había sido bastante mezquino por su parte.

Al menos, Noelia había dejado de lado sus diferencias para darle empleo. No trabajar y haber perdido el piso por no poder pagar la hipoteca lo había tenido bastante decaído. Aunque nunca dejaba ver esa debilidad, se levantaba cada mañana, se colocaba su coraza de tío despreocupado y se lanzaba al mundo. Era el único modo de seguir adelante sin que nadie le compadeciera, de sobrevivir a su manera.

Tener trabajo le hacía sentirse un hombre completo nuevamente, útil para la sociedad. Podría volver a tener casa propia y coche.

Podía volver a tener confianza en sí mismo, la suficiente como para conquistar a una chica, no solo a cualquier chica sino a Noelia Cox. ¿Qué podía ofrecerle a una mujer que lo tenía todo? Esperaba que amor, aunque imaginaba que tendría pretendientes a patadas, y mucho mejores que un simple albañil como él.

Valerio intentó eliminar esos pensamientos tan negativos de su mente. Noelia, a pesar de su apariencia, no era una mujer superficial así que no estaba dispuesto a rendirse hasta haber agotado todos sus recursos porque, de algo estaba seguro, ningún otro tío la querría como él, ni la respetaría como él.

El primer día de trabajo resultó duro por el tiempo que llevaba parado, pero se sentía feliz de volver a estar activo. El móvil sonó mientras caminaba hacia casa de sus padres, donde vivía desde que su hermana se casó, ya que antes ambos compartían piso. Además de volver a casa de sus progenitores, también había tenido que vender su Peugeot y comprarse una moto de segunda mano porque gastaba menos. Pero a partir de ese día todo iría a mejor. Mañana mismo pensaba buscarse una casa. Todo mejoraba por momentos, se sentía muy optimista.

—Dime, J.M.

—Vamos a celebrar tu nuevo trabajo, ¿vienes a mi casa a cenar el viernes?

—Según lo que haya para cenar —bromeó.

—Voy a hacer crepes salados.

—Eres muy mala, sabes que nunca rechazo unos crepes.

—Te espero a las nueve.

—Vale, pero haz muchos. No me gustaría pelearme con tu marido por un crepe.

—No seas tonto. —Ella rio antes de cortar la llamada.

Nada más colgar, Valerio pensó en Noelia. ¿Estaría allí? Esperaba que sí, sería una nueva oportunidad para conquistarla y esa vez cambiaría de táctica. Sería amable en lugar de irónico, complaciente en lugar de arrogante. Sí, la descolocaría y a ver qué pasaba.

J.M. dejó el teléfono sobre su escritorio y fue hasta el despacho de su cuñada. Tendría que convencerla para que también se quedara a cenar porque esa sería la última oportunidad que les daba a esos dos. No volvería a interferir más o su hermano sufriría las consecuencias. Le daba pena ya que les recordaba a Víctor y a ella, solo que al revés, pero no podía hacer nada más.

—Hola, Noe —la saludó al entrar.

—Hola, ya iba a irme.

—Yo también. Quería decirte que el viernes voy a hacer crepes salados para cenar, espero que no hagas planes.

—Adoro tus crepes y sabes que no hago muchos planes.

—Gracias. Eh... vendrá Val.

—Me quedaré en mi cuarto.

—Vamos, Noe. Vives encerrada en tu cuarto y, además, no lo conoces realmente.

—No deseo conocerlo más.

—Está bien, como tú quieras, pero no puedes seguir encerrada entre cuatro paredes. Eres joven y necesitas salir, necesitas vivir aventuras, correrte alguna juerga.

—Está bien, saldré, me buscaré a alguien para vivir esa aventura y correrme la juerga de mi vida.

—¿Qué problema tienes con mi hermano?

—Que es un presumido y un mujeriego. Piensa que puede tener a cualquier mujer con solo guiñarle un ojo. Odio a esa clase de hombres.

—Val no es así. Reconozco que puede dar esa impresión, pero... te equivocas con él. Como te he dicho antes, no lo conoces de verdad.

Al ver que su cuñada no respondía, suspiró resignada, dio media vuelta y se marchó.

En cuanto J.M. se fue, Noelia empezó a rebuscar en su agenda. No necesitaba a ese presumido para vivir una aventura.

Tras revisar varias páginas encontró a Adrián, un publicista que habían contratado hacía un año, más o menos. La invitó a salir al acabar el trabajo, sin embargo, ella rehusó y él terminó por darle su

número por si cambiaba de opinión. Era el momento de usarlo. Sí, se desmelenaría ese fin de semana, su cuñada la dejaría en paz y también podría quitarse de la cabeza a Valerio. Mataría dos pájaros de un tiro.

Capítulo 4

Diario íntimo de Noelia Cox

Esta noche pienso echar un polvo, J.M. tiene razón. No hay nada de malo en que una mujer adulta se desahogue, siempre y cuando no sea con un tipo como Valerio.

En cuanto llegó a casa, subió a su habitación a prepararse. Había quedado con Adrián a las nueve en el restaurante, cenarían primero y luego ya se vería. Recordaba que era un tío muy guapo, no le costaría dejarse llevar.

Le dio vueltas a la cabeza de por qué en su día le dijo que no saldría con él. No recordaba el motivo, tal vez fuera que no le atraía por muy guapo que fuera. De todas formas, no pensaba tener una relación con él, solo la aventura de una noche.

Tras darse una ducha, se puso un vestido ajustado, tacones y una gargantilla plateada a juego con los pendientes. Se recogió el pelo en una trenza de raíz y se perfumó. Ya estaba lista.

—Me voy —anunció Noelia a su hermano y a su cuñada entrando en el salón.

—Noe, ¿de verdad que no te quedas? —preguntó J.M. afligida.

—Tú misma me dijiste que no salía nunca ni corría aventuras, así que he llamado a un amigo, a ver qué surge.

—J.M., te tengo dicho que no le des esa clase de consejos a mi hermanita —le reprochó Víctor a su mujer.

—Te prometo que no volveré a meterme.

Y era cierto, pues cada vez que J.M. decía o hacía algo, empeoraba las cosas.

—No me esperéis despiertos.

—Pásalo bien, Noe —le deseó su cuñada con cierto pesar.

—Ten cuidado.

—Lo tendré, hermanito. —Y le dio un beso en la mejilla.

Cruzó el pasillo hasta llegar a la puerta y cuando la abrió casi se dio de lleno con el invitado especial de esa noche. Quería haber salido antes de tropezárselo, pero ya era demasiado tarde.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —preguntó Val con una sonrisa traviesa, de esas que acostumbraba a dedicarle solo a ella.

—Tengo una cita.

Fue entonces cuando se fijó en lo que ella llevaba puesto. Paseó la mirada de arriba abajo, siempre iba muy arreglada, pero nunca la había visto con un vestido tan sexy. Era de un color marfil muy elegante, ceñía todas sus curvas y le cubría hasta medio muslo. El escote redondeado rebelaba la cima de sus pechos y una brillante gargantilla adornaba la suave piel. Un fino chal cubría sus hombros, llevaba el pelo recogido en una trenza con varias mechas sueltas que le daban un toque informal y un tanto rebelde. Sus mejillas estaban sonrosadas, no sabía si por el choque con él o porque iba a la carrera.

—Estás preciosa.

—Aparta.

—De nada.

—Todavía no te has quitado de en medio.

—Yo también me arreglé para una cita.

Noelia, que había evadido mirarle directamente, no pudo evitar poner sus ojos en él. Llevaba un vaquero desgastado, eso no era una novedad, y una fina camisa blanca de lino a medio abrochar. Su pelo alborotado y su sonrisa traviesa le aceleraban el pulso. No podía negar que era demasiado atractivo para su bien. ¿Por qué Valerio tenía que ponerla en ese estado? Estaba convencida de que lo hacía con todas las mujeres y no estaba dispuesta a ser una más de su harén, se lo había repetido una y mil veces.

Dio un paso atrás para alejarse de su cercanía, se le dobló el tacón con el apresuramiento y se tambaleó.

Valerio fue lo suficientemente rápido para agarrarla del brazo y así evitar que se cayera.

—Ya... ya estoy bien —balbuceó ella.

—De nada, otra vez.

Y volvió a sonreír al ver su estado de nervios, sonrisa que duró poco al recordar que se había arreglado así para salir con otro tío que no era él.

Noelia lo sorteó y se marchó sin decirle nada más. Odiaba que le sonriera de ese modo.

Esa noche pensaba salir con un hombre y hacer lo que las chicas de su edad solían hacer. ¿Y qué solían hacer las chicas de su edad?, se preguntó. La verdad era que tuvo que madurar demasiado pronto para haber disfrutado de su adolescencia y ahora juventud. Necesitaba dejar de preocuparse, olvidarse de la constructora, de los clientes, de los trabajadores, de Valerio... Se dejaría llevar por una vez.

Se subió al taxi que la esperaba. Esa noche no cogería el Mini porque pensaba beber alcohol, mucho alcohol. Se correría una buena juerga, esa que no se había corrido en su vida.

Se abrochó el cinturón, indicó al taxista adónde iba y se puso en marcha. No pudo evitar mirar por la ventanilla, mientras se iba, al hombre que clavaba sus ojos en ella. No le veía buena cara, parecía incluso enfadado. Pero no tenía ningún derecho a estarlo, no eran pareja, ni amigos, ni nada. Aun así, sintió un ramalazo de culpa que desechó nada más llegar al restaurante y ver a su acompañante. Era bastante alto, aunque no más que Valerio. Cabello moreno y unos ojos muy negros. Vestía con un pantalón color marengo y una camisa rosa muy distinguida. No llevaba corbata ni chaqueta. Le sonrió y le ofreció la mano para entrar al local. No era de los más elegantes en los que había estado, pero no estaba nada mal.

La conversación fue bastante trivial, hablaron de sus respectivos trabajos y de los años de universidad, también hablaron de cine, de libros... Comieron bien y bebieron también, sobre todo ella, que había perdido la cuenta de las copas de vino tinto que se había tomado.

Por un día se saltó la dieta y de postre se pidió tarta de chocolate. Después les regalaron dos chupitos que tampoco rechazó.

Cuando salieron del restaurante, Adrián tuvo que sujetarla por la cintura para que no se cayera de bruces. Nunca había imaginado que la elegante y refinada Noelia Cox podría desinhibirse tanto, esa noche prometía mucho, se dijo sonriendo.

—Vamos a bailar —sugirió ella.

—Sí, la noche no ha hecho más que empezar.

—Te doy toda la razón.

Adrián la llevó hasta un pub que no estaba muy lejos de allí. El portero les abrió la puerta en cuanto se acercaron, la música golpeó sus oídos de una forma brutal y el espeso ambiente la hizo sentirse más mareada de lo que ya estaba.

—¿Te sientes bien? —preguntó él.

—Por supuesto, necesito otra copa.

—¿Qué quieres tomar?

—Un vodka con limón.

—Quédate aquí, ahora te lo traigo.

Ella así lo hizo y comenzó a mover las caderas al ritmo de aquella música que no solía escuchar, se dejó llevar por el momento y el lugar. La noche estaba saliendo magnífica porque no había pensado en Valerio ni una sola vez. Bueno, esta última no contaba y cuando comparó la altura de Adrián con la de Valerio tampoco, se dijo a sí misma.

—Aquí tienes. —Su acompañante le ofreció la copa que le había pedido—. Estás preciosa desde el otro lado de la pista de baile.

—Gracias.

Cogió el vodka, le dio un buen trago y siguió moviéndose de forma muy sensual.

A Adrián no le apetecía beber más, quería estar sobrio esa noche para pasarla con aquella belleza. Le había gustado desde el momento en que la vio entrar en su oficina hacía un tiempo, tan seria y elegante. La imaginó en su cama, con la ropa alborotada y las greñas fuera de ese moño repeinado. Sí, las mujeres reprimidas eran las más fogosas en la cama, o eso se decía.

Noelia no tardó en acabarse la bebida, dejó la copa en una mesa cercana y regresó para seguir bailando. Él la tomó por la cintura y comenzaron a moverse al unísono. Agachó la cabeza y depositó ligeros besos en su cuello, ella no protestó y eso lo hizo envalentonarse. Bajó su mano por la cadera hasta llegar al bajo del vestido y metió la mano por debajo para empezar a tocarle el muslo. Ahí fue donde se llevó la primera torta.

—¡Eh! —protestó Adrián.

—No me gustan los pulpos.

—No me has dicho nada cuando te he besado.

—Estaba pensando en cómo me sentía cuando has empezado a meterme mano y por ahí no paso en la primera cita.

Noelia no supo por qué dijo eso exactamente, cuando al salir de casa esa había sido toda su intención. ¿Sería que no se sentía tan cómoda como ella había esperado?

—Así que te gusta calentar a los tíos para luego dejarlos tirados.

—Si te calientas, es problema tuyo.

—Pues ahora me satisfacerás.

Dicho esto, la agarró por la cintura y la pegó a su cuerpo haciendo que ella notara su prominente erección.

Noelia sintió tal repugnancia que a punto estuvo de vomitarle encima. Ahí fue cuando recibió la segunda bofetada por parte de ella.

—¡Eres una zorra!

—Y tú un asqueroso e indeseable hijo de puta.

Jamás habría imaginado que palabras tan gordas saliesen de aquella boquita, pensó Adrián. La miró con desprecio y, sin contestarle, salió del local a grandes zancadas, casi arrollando a la gente que le cortaba el paso.

Noelia se vio sola y mareada, rodeada de gente desconocida totalmente ajena a lo que ella acababa de vivir. Salió del pub con lágrimas en los ojos y caminó despacio para no caerse hasta una parada de taxis cercana.

Solo había uno disponible y, al acercarse, la puerta se abrió y salió un hombre de unos cuarenta años que la miró de arriba abajo.

—¿Necesita que la lleve? —preguntó con un tono lascivo.

Lo que le faltaba, pensó Noelia, no tenía ninguna intención de meterse en un coche con ese tipo. Con los ojos acuosos, dio media vuelta y regresó al pub. Se apoyó en la pared cerca de la puerta. Al menos el lugar no estaba solitario. Sacó el teléfono y se dispuso a llamar para que la socorriesen.

Mientras buscaba el número de su hermano en la agenda, apareció el de Valerio primero. Lo tenía guardado desde una vez que se vio obligada a llamarle para preguntar por J.M.

—Todo es culpa tuya —dijo mirando la pantalla. Sin saber lo que hacía, pulsó el botón verde.

Capítulo 5

Diario íntimo de Noelia Cox

Me olvidaré de Valerio por una noche, lo pasaré en grande y mañana por la mañana ni me acordaré de qué sigue detrás de la V.

Val había imaginado que esa noche podría cambiar las cosas entre Noelia y él, pero qué equivocado había estado. Lo que pensó que sería una noche fantástica se convirtió en una tortura ya que no podía dejar de pensar en ella con otro tío. Estaba tan guapa y atractiva que seguro que había conquistado al hombre con el que había quedado. Y no solo por lo guapa que era, porque además, era una mujer inteligente, independiente, eficaz en su trabajo... en fin, Noe era maravillosa en todos los sentidos, ¿qué hombre no iba a enamorarse de ella?

Los celos le estuvieron carcomiendo las tripas y no pudo disfrutar de la estupenda cena que había preparado su hermana.

Abatido porque Noe no llegaba de su cita, decidió marcharse a su nueva casa. La que había conseguido alquilar gracias al trabajo que ahora tenía. Había pensado en hablar de todo eso con ella, de volver a agradecerle el haberle ayudado. Había ideado una nueva táctica para conquistarla, pero todo había sido en vano.

Entró en el que a partir de ahora sería su nuevo hogar, fue directamente al dormitorio, se desvistió, se aseó y se metió en la cama. Cerró los ojos en busca de un sueño rápido pero no fue así, la imagen de Noelia invadía su mente. No obstante, al cabo de un rato, cayó rendido. Al menos el cansancio le había ayudado a dormir.

Llevaba varias horas en el mundo de los sueños cuando, sobre las cuatro y media de la madrugada, el móvil sonó sobre la mesita. Se despertó de golpe maldiciendo al cabrón que se le ocurría llamar a esas horas.

Alargó el brazo y cogió el teléfono. En la pantalla pudo leer *Noelia* y en ese momento un nudo se instaló en su estómago. Algo malo había ocurrido para que esa chica lo llamase de madrugada. Val contestó de inmediato.

—¿Noelia? ¿Qué ha pasado? ¿J.M. está bien? ¿Víctor?

—Tú tienes la culpa.

—¿Qué?

Esa frase lo había desconcertado.

—De todo lo que me ha pasado esta noche.

—¿De qué estás hablando?

—No te hagas el tonto.

—¿Qué te ha pasado? —Ella como contestación soltó una carcajada—. Noelia, ¿estás bien? ¿Has bebido?

—No, no estoy bien y sí, sí he bebido.

—Llamaré a tu hermano...

—No hace falta, ya lo llamaré yo.

—¿Qué te ha pasado?

—Ese asqueroso intentó meterme mano por la fuerza.

—¿Qué? ¡Joder!

Valerio saltó de la cama y sin soltar el móvil empezó a colocarse los vaqueros. Recordaba a la perfección lo guapa que estaba cuando salió y no quería ni imaginar al desgraciado de su cita tocándola de forma obscena.

—Pero lo puse en su sitio, entonces se largó y me dejó sola...Y ese taxista no me gustó nada...

—¿Dónde estás? Voy a recogerte.

—En un pub.

—Qué pub.

—Ave Nocturna.

—No te muevas de ahí, no tardaré más de quince minutos.

—Más te vale porque todo es culpa tuya —insistió ella.

Tras esa frase Noelia colgó y guardó el móvil en el bolso. Cada vez se sentía más mareada, así que fue hasta el bordillo de la acera y se sentó a esperar. Su vestido marfil se iba a poner perdido, pensó con pesar, pero qué importaba ya, la noche se había convertido en una pesadilla.

¿Quería vivir una aventura? Pues ahí la tenía, solo que no era nada agradable. Cuando pensó en la palabra «aventura», había imaginado que haría cosas divertidas, risas y que todo acabaría con una noche de pasión en la cama. ¿Qué era lo que había salido mal? Su acompañante, por supuesto, fue un error salir con Adrián. Estaba segura de que Valerio jamás se habría comportado así. Podía ser un bocazas, pero nunca le había faltado al respeto. Y ahora iba a venir por ella; ¿vendría de verdad después de lo cortante que había sido con él?

Juntó las piernas y las rodeó con sus brazos, después inclinó la cabeza hasta tenerla apoyada en las rodillas y esperó.

Así fue como la encontró Valerio cuando llegó hasta el pub. Paró la moto frente a ella, se quitó el casco y bajó. Verla sana y salva hizo que su pulso se apaciguara un poco, estaba frenético desde que Noelia lo había llamado y le había contado lo ocurrido. Era muy tarde para que una chica estuviese sola en la calle, no debería ser así, pero era una triste realidad.

Se acercó a ella y se quedó parado mirándola. Como no parecía enterarse de que había llegado, se puso de cuclillas y la llamó.

—Noelia.

Ella levantó la cabeza al instante y lo miró con los ojos acuosos, ablandando así el enfado de él. Nunca la había visto tan vulnerable, siempre tenía ese porte de mujer fuerte, fría, firme y segura de sí misma.

—Has venido —dijo como si no acabase de creerse que estaba allí.

—Pues claro, me has llamado.

Le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

Noe se la cogió sin vacilar y se puso en pie. En cuanto estuvo a su lado, Valerio la soltó, ella perdió el equilibrio y tuvo que sujetarse a su brazo para no caer. Él, al darse cuenta de su poca estabilidad,

la tomó por la cintura y la acompañó hasta la moto resoplando al tiempo que se preguntaba por qué habría bebido tanto.

—Nunca imaginé que vería tu faceta borracha.

—Es culpa tuya.

—¿Mía? ¿Qué hice yo?

—Fue para olvidarme de ti que quedé con Adrián, fue para olvidarme de ti que bebí tanto. Así que es por tu culpa.

Al escuchar aquellas palabras, Valerio puso los ojos como platos. Eso sí era una sorpresa y no tenía ni idea de cómo tomárselo.

—Vaya, no sabía que pensabas en mí.

—No es lo que crees, quería olvidar esa arrogancia y prepotencia con la que me tratas. Sí, tienes unos ojos bonitos y buen cuerpo, pero hablas y lo fastidias todo.

Si las palabras de antes lo habían sorprendido, esas lo hicieron aún más. No entendía a esa mujer, si pensaba en él ¿para qué olvidarle? Creía haberle dejado muy claro su interés por ella, sin embargo, había decidido salir con otro hombre. Y ahora venía con esas de que hablaba y lo fastidiaba, ¿qué había querido decir? ¿Se referiría a las veces que le había hecho cumplidos? ¿O a las veces que la había invitado a salir? ¿Era eso un fastidio para ella? ¿Qué era entonces lo que esa mujer quería de él?

Decidió ignorar por el momento las palabras de Noe, tal vez el alcohol la estaba haciendo decir cosas sin sentido. Por la mañana, posiblemente, sería diferente.

—Ponte esto y sube —le dijo ofreciéndole un casco.

—¿Has venido a recogerme en moto?

—Para tu información, no tengo coche —respondió tratando de tener paciencia.

—¡Llevo un vestido! ¿No lo ves? —espetó fastidiada porque iba a tener que subirse espatarrada en un vehículo de dos ruedas.

—Sí, y bastante corto, no estoy ciego.

—¿Cómo quieres que me suba a eso?

—Sujetádotelo con las piernas.

Noelia bufó de forma poco femenina y se colocó el casco sin decir nada más. Después, esperó a que se subiese él para hacerlo ella en la parte trasera.

Una vez sentada, sintió que la cabeza le pesaba varias toneladas y, sin darse cuenta, la apoyó en su hombro.

—¡Joder! —masculló él—. Agárrate a mi cintura o te caerás en cuanto nos pongamos en marcha.

Ella levantó las manos y le agarró parte de la camiseta. Ahora ya no apoyaba solo la cabeza, sino todo el cuerpo en su espalda y hombro.

Valerio le cogió las manos y las entrelazó a la altura de su estómago, Noelia quedando totalmente abrazada a él.

—No te sueltes las manos o te caerás.

—Estoy bien.

—Sí, ya lo veo —musitó.

Condujo despacio y tomando con suavidad las curvas, no fuera que se soltase y se rompiese la crisma. Decidió llevarla a su recién estrenada casa ya que el chalet de ella quedaba mucho más lejos y, como había que coger carretera, no confiaba en que llegase de una pieza.

Tardó una media hora, pero logró parar la moto frente al portal con Noelia viva. Su casa estaba situada en un edificio de cuatro plantas con ascensor, gracias a Dios, porque vivía en la última.

Se bajó primero y después la ayudó a ella. Estaba medio dormida y tuvo que agarrarla con los dos brazos, tentado estuvo de colocársela al hombro como un saco de patatas, se lo merecía por irresponsable, pero se contuvo.

Antes de cruzar el portal, Noelia dejó en la acera todo lo que había bebido y un poco más. Con la paciencia de un santo, Valerio sacó un pañuelo de papel y se lo ofreció.

—La cena me ha sentado mal —se excusó ella tomando el pañuelo.

—Sí, la cena... —Volvió a cogerla por la cintura—. Anda, vamos.

Al fin llegó hasta su puerta, sacó la llave y entró con ella cogida. Fue entonces cuando Noelia descubrió que no estaba en su casa.

Era un lugar no muy grande, bastante soso y lleno de cajas de cartón por todas partes. Olía a esos productos de limpieza de pino, no era su favorito, pero no le desagradaba. Los ojos se le cerraban y no pudo fijarse en mucho más.

—¿Dónde me has traído?

—Es mi casa.

—¿No vivías con tus padres?

—Al día siguiente de firmar el contrato me puse a buscar casa de alquiler. Ayer me mudé, todavía no he tenido tiempo de desembalarlo todo.

—Me alegro por ti, tu hermana estaba preocupada.

Tras decir aquello, se apoyó en el cuerpo de Valerio y dejó todo su peso sobre él.

—Te llevaré al dormitorio. —Val la cogió en brazos.

—¡Eh! Puedo estar borracha, pero...

—Tranquila, todavía no me he convertido en un depravado. Además, apestas a vómito, no seducirías ni a un marinero que lleva meses sin pisar tierra.

No sabía muy bien por qué, pero aquellas palabras la ofendieron. No obstante, las dejó correr. Después de todo, tenía razón, su vestido estaba hecho un asco y el olor a vómito impregnaba su piel, ni ella misma lo soportaba.

—Acuéstate —ordenó dejándola en una de las dos habitaciones de las que disponía el piso—. Si necesitas quitarte la ropa, puedo prestarte algo.

—Gracias. —No podía decir otra cosa.

Valerio la dejó sentada en la cama y fue hasta su cuarto para coger una de sus camisetas, que le valdría de camisón. Regresó hasta la habitación donde la había dejado para entregársela, pero la encontró tumbada y profundamente dormida. Entonces, dejó la camiseta a un lado, abrió el armario, sacó una sábana fina y se la colocó por encima.

Cuando Noelia abrió los ojos al día siguiente, un fuerte dolor le golpeó la cabeza. ¡Cómo lamentaba haber bebido tanto, era una completa idiota! Eso le pasaba por hacer caso a J.M. y la noche había acabado llamando al arrogante de su hermano. Ahora mismo estaría vanagloriándose por haber acudido a él.

De pronto, dio un salto de la cama, ¡estaba en casa de Valerio! Empezó a recordar todo lo sucedido y la cantidad de estupideces que le había dicho.

—Dios mío, qué vergüenza —susurró.

Al salir de la habitación olió a café y pan tostado, miró el reloj y puso los ojos como platos. Era la una de la tarde. Maldita sea, su hermano estaría frenético.

Sacó el móvil del bolso y comprobó que no tenía llamadas perdidas. «Qué raro», pensó. Pero sí había un Whatsapp de su cuñada.

Val me llamó anoche, me dijo que fue a recogerte y que te quedarías en su casa porque estabas indispuesta. Espero que ya estés bien, llámame cuando te levantes.

Genial, suspiró tranquila. La llamaría luego, ahora tenía que enfrentarse a Valerio, no sabía cómo, pero debía hacerlo.

Caminó por el pasillo y entró en la cocina. Se puso roja como un tomate al verle allí sentado con el periódico en la mano.

—Ya era hora de que te levantas. —Se puso en pie y dejó el diario sobre la mesa—. Hay café, leche, tostadas... come lo que quieras. —Cogió la cartera y el casco de la moto. Antes de irse, se giró hacia ella de nuevo—. Ah, y te he traído ropa limpia de tu casa. Date una ducha, apestas.

—¿Te vas? —preguntó sin mirarle a los ojos, era incapaz.

—Sí, comeré con mis padres y de paso recojo algunas cosas que me faltan. —Caminó por el pasillo hasta el recibidor, abrió un cajón y sacó un juego de llaves—. Cierra cuando te vayas y dale las llaves a J.M., ella me las devolverá.

Sin tiempo a que contestase nada, giró el picaporte y se marchó sin mirar atrás.

Noelia se quedó pensando en que no le había recriminado nada, ni se había burlado y tampoco se había reído de ella. Ni tan siquiera le había dedicado una de sus sonrisas arrogantes. ¿Dónde estaba el Valerio de siempre? Esta nueva faceta de él no la conocía y no sabía cómo enfrentarla.

Capítulo 6

Diario íntimo de Noelia Cox

La noche resultó un auténtico desastre. Ni eché un polvo ni hubo juerga ni aventuras. Además, tuvo que ser Valerio quien me rescatara y me viera de esa guisa, ¿por qué tuve que llamarle? Aunque tengo que reconocer que se portó muy bien conmigo. ¡Maldita sea!

Eran más de las tres de la tarde cuando Noelia entraba en su casa. Todavía tenía el estómago un poco revuelto por las tostadas que se había comido y el dolor de cabeza seguía latiendo en su sien.

Le gustaba seguir un horario para todo, pero ese día su cuerpo estaba descontrolado y sospechaba que tardaría días en volver a su estado habitual.

Esperaba no tener que ver a Víctor porque le pediría explicaciones y no estaba de humor para dárselas. Ya sabía que se había equivocado, no hacía falta que nadie se lo restregara por la cara.

Cruzó el salón hacia las escaleras que llevaban a su cuarto, cuando se tropezó con J.M. Lo primero que pensó fue en devolverle las llaves de su hermano antes de que tuviera que pedírselas.

—¡Noe! Qué bien que ya estés aquí.

—Toma, las llaves de la casa. —Y se las tendió.

Se quedaron por un momento mirándose a los ojos. J.M. sabía que algo malo había pasado, pero su hermano no había querido

decirle nada. De pronto, observó cómo los ojos de su cuñada brillaban por las lágrimas no derramadas.

—Oh, Noe...

Noelia se acercó a J.M. y la abrazó necesitando ese contacto más que respirar. Entonces, rompió a llorar de forma desconsolada. Nunca había tenido una amiga a la que confiarle sus cosas, pero ahora tenía a J.M. y se había convertido en mucho más que una amiga, era su hermana.

Su cuñada la apretó contra sí y le dio ese consuelo y cariño que tanto anhelaba. Le acarició la espalda sintiéndose impotente, pues no sabía lo que había ocurrido. Esperaba que Noe se abriese con ella, si no soltaba lo que llevaba dentro podría hasta enfermar.

—No quiero que se entere Víctor —dijo cuando ya se había calmado un poco.

—Tranquila, está jugando al squash con un cliente.

Fueron las dos al cuarto de Noelia, se sentaron en la cama y se cogieron las manos.

—Gracias.

—No tienes que dármelas. ¿Por qué no me cuentas qué fue lo que te pasó anoche? —inquirió J.M.

—Me avergüenza solo de pensarlo.

—Te vendrá bien decirlo en voz alta y sabes que cuentas conmigo.

—Lo sé, y no sabes cuánto agradezco tenerte a mi lado.

—Haya pasado lo que haya pasado, yo siempre estaré de tu parte.

—¿Incluso si tu hermano está de por medio?

—Yo os entiendo a los dos. Seré objetiva en mi consejo si me lo pides.

Noelia decidió contarle toda la historia. En realidad, ella también pensaba que necesitaba hablarlo con alguien. Así que le dijo que salió de casa pensando en vivir una aventura hasta que esta se convirtió en pesadilla porque su acompañante no la atraía para nada más. También le contó que fue Valerio quien la socorrió y por eso había acabado en su casa.

—Solo te equivocaste con la elección del hombre.

—Supongo.

—¿Cómo fue que te ayudó Val?

—Eso fue lo peor de todo. Iba a llamar a Víctor para que me recogiese, pero acabé llamando a Valerio.

—¿Por qué lo hiciste?

A J.M. aquello le pareció una buena señal, pero no quería hacerse ilusiones.

—Al buscar en la agenda el número de mi hermano, me salió el suyo primero y... No estoy segura, sentí que la culpa de todo lo que me había pasado era de él.

—¿Por qué iba a serlo? Él cenó esa noche con nosotros. No te llamó ni te molestó, ¿verdad?

—No me molestó, es que... no sé cómo explicarlo. Me trata con suficiencia y arrogancia, tengo metida en la cabeza cada palabra que me dice y solo quería olvidarme de ellas, de él. Por eso creí que saliendo con un tío guapo y acostándome con él, se me pasaría este sentimiento. —J.M. no contestó nada mientras asimilaba esas palabras, y Noelia continuó—: Pero fue un desastre porque Adrián no me atraía lo suficiente como para llegar tan lejos y, cuando se puso pesado, me dio asco tenerlo cerca.

—Y por eso llamaste a Valerio.

—Seguramente, pero ahora me avergüenza mi actitud, que tu hermano me viera de esa forma. Hasta vomité delante de él.

Noe se tapó la cara con las manos al decir aquello último. Era la primera vez que se embriagaba.

—Creo que deberíais hablar.

—No sería capaz ni de mirarle a la cara.

—No digas tonterías. Mañana comemos con mis padres, Val estará allí.

—Me quedaré en casa.

—Siempre vienes cuando hay comida familiar.

—Es tu familia, no la mía.

—No me enfades, Noe. Sabes que eres de la familia, mi madre se cabrearía si te oye decir eso. Te quiere mucho y lo sabes.

Azucena, la madre de J.M. y Valerio, había acogido a los dos hermanos en el seno de su familia. Sabía que no tenían padres ni a

ningún otro familiar cercano, por eso se sintió un poco madre de ambos en cuanto los conoció.

Eran muy buenos chicos que se habían cuidado el uno al otro desde la falta de sus progenitores y lo habían hecho estupendamente, pensaba Azucena. Allá donde estuviesen esas dos almas, estaba segura de que estarían orgullosas de sus hijos.

—Lo siento, J.M. Prefiero quedarme en casa.

—No insistiré porque estás muy sensible, pero escucha mis palabras cuando te digo que deberías hablar con Val.

Noelia le contestó con una mueca que su cuñada no supo muy bien cómo identificar. Se dieron un abrazo y luego la dejó sola.

Ella se recostó sobre la colcha, se colocó en posición fetal y volvió a llorar. Quizá su cuñada tenía razón y lo mejor era hablar con Valerio y aclarar las cosas. Algo había ocurrido entre ellos, tenía instalado en el pecho un sentimiento que hasta ese momento no había tenido y al que era incapaz de ponerle nombre. No sabía si podría dirigirle la palabra cuando lo tuviese delante, pero tendría que intentarlo. Al menos se merecía un «gracias» por parte de ella.

Una cosa tenía clara: a partir de ahora no pensaba llamar a ningún tío más. Se acabó el buscar aventuras, juergas y polvos esporádicos.

Valerio estaba poniendo los platos en la mesa. Según le había informado su madre, solo irían a comer su hermana y su marido. No quería pensar en por qué Noelia no iría, pero era imposible no hacerlo. Ella nunca se había perdido una comida familiar, sus padres la querían y la escuchó decir una vez que se sentía feliz de tener un sitio al que ir un domingo, como hacía el resto de familias.

Noelia tenía razón y era culpa suya, había llevado a esa chica al límite, quizá su estrategia para conquistarla no había sido la mejor. Normalmente le funcionaba, pero Noelia no era como el resto de las chicas que había conocido. Por eso le gustaba, por eso quería estar con ella. Pero ya era tiempo de dejarlo, de abandonar su empeño. Sería duro tener que verla sin poder sonreírle, sin poder mostrarle sus sentimientos, sin poder ser él mismo.

Ahora que al fin había encontrado trabajo, tal vez se viera obligado a renunciar. Esperaba que las cosas no llegasen a ese punto, esperaba que no hubiera tirantez entre ellos.

No podía dejar de dar vueltas a todas las palabras que ella le había dicho esa noche. No estaba seguro de cómo interpretarlas. Quizá el alcohol le había hecho sacar lo que llevaba dentro y nunca se había atrevido a decir, pero también estaba la posibilidad de que ese mismo alcohol la hubiese confundido y obligado a decir cosas sin mucho sentido.

Una vez terminó de poner la mesa, se sentó en el sofá junto a su padre a esperar que llegaran su hermana y su cuñado. Su padre empezó una conversación política que para nada le interesaba, asintió a todo lo que decía sin abrir la boca. De pronto, llegaron Noelia y Víctor y le salvaron la vida. Se levantó de inmediato dejando que su padre se peleara solo con las noticias.

—Justo a tiempo, hermanita. Papá empezaba a despotricar contra los políticos.

—Me alegro de haber servido para algo. —Le dio un beso en la mejilla y sacó las llaves del bolsillo—. Ten, Noe me las entregó.

—Gracias.

—Voy a saludar a tus padres —comentó Víctor y los dejó solos.

—Noe me contó lo de la otra noche.

—¿De veras? —preguntó extrañado—. Y... ¿cómo está?

—Creo que bastante confundida.

—Lo mejor es que la deje en paz. Me equivoqué al pensar que podía ser para mí, no me soporta y solo le hago daño.

—No creo que seas tú el problema, solo que no has sabido tratarla como deberías. Noelia es distinta a esos ligues de discoteca a los que estás acostumbrado.

—Lo sé, por eso no es para mí.

—Solo se equivocó de hombre cuando siguió mi consejo de correrse una juerga y echar un polvo.

—¿Que tú le dijiste qué?

—¿Cuántas veces te he dicho que no le des consejos a mi hermana? —intervino Víctor, que se estaba acercando y la escuchó.

—Sí, deberías hacer caso a tu marido y no dar ese tipo de consejos.

—Vaya, ahora os aliáis contra mí.

—Mira lo que ha pasado —dijo Val alzando las manos.

—Solo pretendía ayudarte, es ella que eligió mal.

—¿Cómo pretendías que eligiera?

—Bueno... yo... esperaba que fueras tú ese hombre que le hiciera vivir aventuras y la sacara de su vida rutinaria.

—¡¿Te has vuelto loca?! —bramaron los cuñados a la vez.

—Está bien, ya lo he captado. Me he metido donde no me importa.

Azucena apareció al escuchar los gritos y regañó a los tres.

—Acabáis de llegar y ya estáis discutiendo. Pues se acabó, en mi casa no.

—Lo siento, mamá —dijo J.M.

Los otros dos hombres también se disculparon y fueron hasta la cocina para ayudar a Azucena a servir la comida.

No volvieron a tocar el tema delante de sus padres, pero justo antes de irse, J.M. llamó a su hermano y lo llevó a un rincón. No podía dejar las cosas así, había decidido no intervenir más, pero no soportaba verlos tan perdidos porque ahora estaba segura de que Noe sentía algo por su hermano.

—Val, Noelia te necesita. De verdad.

—No digas tonterías. He decidido dejarla en paz.

—Créeme, ayer me habló de ti. Está avergonzada y confundida, malinterpreta tus acciones, eso es todo.

—No sé, J.M., no quiero hacerle daño. Quizá deba marcharme.

—Eso ni se te ocurra.

—Yo tampoco quiero, no te creas.

—Hazme caso y no seas cabezota.

Víctor llamó a su mujer para que se diera prisa porque no quería dejar a Noelia sola más tiempo. Esta se despidió rápido de su hermano y de sus padres y se marchó junto a su marido.

¿Podría su hermana tener razón?, se preguntó Val. J.M. fue la primera que trató de desanimarlo en cuanto supo que estaba interesado en Noelia. Pero después había intentado ayudarlo y

ahora hasta le animaba. ¿Podría tener una posibilidad con ella? Ya no quería hacerse ilusiones.

Capítulo 7

Diario íntimo de Noelia Cox

No he sido capaz de volver a ver a Valerio. ¿Qué puedo hacer? Tarde o temprano nos cruzaremos y no sé si podré mirarle a los ojos después del espectáculo que le monté la otra noche. Tengo que recuperar el control de mi vida y lo primero será buscarme una casa propia.

Noelia aprovechó el domingo a solas para dar vueltas a su cabeza, para pensar en saber hacia dónde quería llevar su vida y, sobre todo, evitar ese sentimiento de rutina y aburrimiento que la había invadido los últimos años.

Era cierto que desde que su hermano había conocido a J.M. algo había cambiado, pero sentía que estorbaba, que no tenían intimidad, incluida ella misma. También tenía que reconocer que Valerio había puesto su vida del revés, pero tampoco era eso lo que quería. ¿Qué hacer, entonces?

Estuvo buscando vivienda en páginas de internet y se anotó unas cuantas para llamar el lunes desde la oficina. Por supuesto, no se lo contaría a su hermano o no la dejaría marchar. Víctor prometió el día de la muerte de sus padres cuidarla y nunca dejarla sola y así había sido desde entonces, pero ya no era una niña. Ambos debían elegir su propio camino, aunque iban a continuar viéndose ya que trabajaban juntos.

Cuando acabó, dejó el ordenador a un lado y bajó hasta la cocina para prepararse algo rápido de comer. Después se fue al salón para

poner en la televisión lo que le diese la gana sin necesidad de preguntar a nadie qué le apetecía ver.

Más tarde, se dio una ducha y, en braguitas, fue a recoger todo lo que había dejado por en medio. Ni recordaba cuándo fue la última vez que se había paseado así por casa.

Le gustaba vivir con su hermano, pero necesitaba su propio espacio y sabía que ellos también, aunque no se lo dijiesen.

Víctor y J.M. no llegaron demasiado tarde y, en cuanto escuchó el coche, subió a vestirse. Se acabó la soledad.

El lunes llegó prometedor para Noelia, que trabajó intensamente toda la mañana. Después, se pidió algo de comer y lo hizo en la oficina mientras seguía trabajando, necesitaba adelantar muchas cosas y tomarse la tarde libre porque había quedado con la agente inmobiliaria.

Sobre las cuatro de la tarde, avisó a Víctor de que tenía cosas que hacer y se fue. Su hermano le puso cara extraña pero no le preguntó, cosa que ella agradeció ya que no pensaba contárselo todavía y prefería no mentirle.

Quedó con la agente delante de la primera casa que iban a visitar. Desde la página web se veía más grande y más nueva, pero necesitaba demasiadas reformas y ella deseaba mudarse cuanto antes. Así que pasaron a la siguiente casa, que tampoco la convenció mucho.

Por último, visitó la que era su favorita desde que la vio por internet. Era aún más bonita de lo que imaginaba. Se trataba de un ático situado en una séptima planta, tenía dos terrazas, una en el salón y otra en la habitación principal. Contaba con dos baños, uno de ellos bastante amplio con bañera de hidromasaje incluida. Ambos estaban recientemente reformados de manera que no tendría que tocar nada.

La cocina también había sido reformada y puesta a la última moda, según la agente, el dueño de la casa había hecho todos esos arreglos para venderla a mejor precio.

Tenía cuatro habitaciones y por el momento no les daría uso a todas, pero ya tenía en mente arreglar una para cuando Víctor y J.M. le dieran sobrinos y se quedaran a dormir con su tía favorita. Noe sonrió al pensar en eso último.

La otra podría ser una habitación de invitados y en la que quedaba podría montar una oficina, para trabajar en casa cuando se le acumulase mucha tarea en la constructora.

Quizá lo que sí haría falta sería darle una mano de pintura, no porque estuviese estropeada sino porque toda la casa era blanca y ese color le recordaba al hospital donde estuvo tantas horas cuando sus padres tuvieron el accidente. No quería nada en su nuevo hogar que le recordara aquello.

Decidido, se la quedaría. Esa semana pasaría por el banco; necesitaría una buena parte de la herencia que le habían dejado sus padres y el resto lo hipotecaría. Después, se encargaría de la pintura y de amueblarla.

Eran las siete menos cuarto cuando pasó con su Mini por delante de una de las obras de la Constructora Cox, justo en la que trabajaba Valerio. No era una casualidad, ya que había tenido que salir de la ciudad para acabar allí, pero tampoco lo había hecho conscientemente. Seguro que la inercia la había llevado hasta Valerio.

Era muy posible que todavía estuviera allí ya que quedaban quince minutos para acabar la jornada. Pues bien, había llegado el momento.

Paró el vehículo a un lado y se quedó mirando la obra. Había pasado largas horas pensando en qué pasaría si se encontraba con Valerio y lo primero que le venía a la cabeza era darle las gracias por haberla rescatado aquella noche. Se había sentido tan avergonzada por su comportamiento que no había sido capaz ni de llamarle por teléfono para agradecersele porque, por mucho que la cabreara, se lo debía.

Respiró hondo para darse valor y bajó del coche. Cruzó la valla metálica y caminó por en medio de la tierra y los escombros con su

traje de pantalón y chaqueta y sus zapatos de diez centímetros de tacón. Tuvo que mantener el equilibrio en algún momento, pero llegó hasta la caseta. Al entrar, encontró a Carlos revisando papeles. Al verla, se puso de pie de inmediato.

—Buenas tardes, señorita Cox. ¿En qué puedo ayudarla?

—Hola, Carlos. Estoy buscando al empleado nuevo, Valerio.

—Está en una de las plantas altas, le diré que venga.

—Te acompaño —dijo ella al tiempo que se colocaba uno de los cascos blancos que había en una estantería.

El polvo y el olor a algunos productos químicos le hicieron arrugar la nariz, aun así, entró en el edificio en construcción, que estaba poco avanzado. Tan solo podía apreciar la estructura de hormigón y algunas paredes de ladrillo anaranjado.

Los obreros comenzaban los tabiques desde la primera planta hacia arriba y el acabado, al revés, desde la última hacia abajo, planta por planta ultimando los detalles, pero aún faltaba mucho para que eso llegara.

El ruido de las cortadoras y otras máquinas era ensordecedor, menos mal que usaban cascos protectores para los oídos, si no sus tímpanos se resentirían, como le ocurriría a ella misma si tardaba mucho en encontrar a Valerio.

—Por favor, es mejor que no suba, todavía no hay escaleras y los huecos son peligrosos.

Ella decidió aceptar, no porque le pareciera peligroso, sino porque sus tacones de aguja podían jugarle una mala pasada en ese terreno.

—De acuerdo.

Carlos subió al montacargas y presionó el botón rojo que lo hacía elevarse. Cuando llegó a la penúltima planta, salió y no tardó en ver al nuevo empleado. Sostenía un ladrillo en la mano y la paleta en la otra, estaba tabicando una de las tantas habitaciones que tenían por hacer.

—Valerio.

—Dime —contestó sin dejar de trabajar.

—La jefa está abajo y quiere hablar contigo.

—¿J.M.?

—No, la señorita Cox.

Si era toda una sorpresa para él pensar que su hermana le podía estar buscando allí, que lo hiciera Noelia no tenía palabras que lo expresaran.

—¿También conoces a J.M.? De vez en cuando se pasa por las obras y nos complica la vida con la normativa medioambiental, entre otras cosas —comentó Carlos riendo mientras el montacargas les llevaba hasta la planta baja.

—J.M. es mi hermana —contestó fulminándolo con la mirada.

—Oh... vale... eres cuñado de los jefes. Entonces, ¿por qué trabajas de albañil?

—Porque es lo que soy.

Las contestaciones de Valerio hacia Carlos estaban siendo secas y bruscas, así que el hombre decidió cerrar la boca y continuaron bajando en silencio. Si seguía hablando, tal vez pusiese su puesto en juego.

A Val, por su parte, no le hicieron ninguna gracia los comentarios de Carlos. Parecía el típico hombre que se metía donde no lo llamaban y que se permitía opinar de lo que no tenía ni idea.

Nada más salir del montacargas pudo ver la silueta femenina a unos metros de él. Vestía uno de esos trajes que siempre llevaba a la oficina y que tan sexys le parecían. Hasta con el casco estaba guapa. Sacudió la cabeza e intentó pensar en otra cosa, ya que había decidido que la dejaría en paz.

En cuatro zancadas llegó hasta Noelia con Carlos pisándole los talones. Ese hombre empezaba a ponerlo nervioso. ¿Acaso pretendía algo?

Ella se dio la vuelta en cuanto escuchó los pasos a su espalda. Al verlo, el corazón comenzó a bombear con fuerza y un nudo comenzó a instalarse en su estómago. Iba vestido con unos pantalones grises con bolsillos en las perneras y una camiseta negra cubierta por un chaleco anaranjado.

Mientras caminaba hacia ella se sacudió el polvo para estar lo más decente posible, aunque eso era difícil en su trabajo.

—¿Me buscabas?

—Necesito hablar contigo —dijo apartando la mirada de sus ojos; todavía sentía vergüenza por lo ocurrido.

—Si ha hecho algo incorrecto... —comenzó a decir Carlos colocándose a su altura y dándose importancia.

—Disculpa, pero tengo que hablar con Valerio a solas —le contestó dejando al encargado con la boca abierta. Después volvió su mirada hacia él—. Acompáñame.

Capítulo 8

Diario íntimo de Noelia Cox

Espero que mi hermano se tome bien mi marcha, es algo necesario para los dos, más bien para los tres. Y Valerio... ¿Por qué siempre tengo que pensar en Valerio? Quizá porque todavía no le he dado las gracias por rescatarme. En cuanto me surja la ocasión, lo haré y podré quedarme tranquila, al menos mi conciencia.

Valerio la siguió a pocos pasos hasta el exterior del edificio. Caminaban hacia la caseta cuando, al pisar una piedra, uno de los tacones de Noelia se dobló y ella perdió el equilibrio. Val se acercó con rapidez, alargó los brazos para agarrarla y evitar la caída, pero no llegó a tiempo y Noelia quedó a cuatro patas sobre la tierra.

Sintiéndose como un inepto, se agachó para ayudarla. Ella se dejó tomar del brazo y se puso en pie.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Noelia se quejó al intentar dar un paso, se miró las rodillas y vio que en una de ellas había un roto en el pantalón y tenía sangre. Después se miró las manos, que las llevaba raspadas.

—Maldita sea —masculló.

—Tenemos un botiquín, te curaré eso.

La cogió por la cintura y la ayudó a llegar hasta la caseta. Una vez allí se sentó en una silla y Valerio abrió el botiquín que tenían sobre una estantería. Sacó agua oxigenada, yodo, algodón y apósitos. Noelia estaba bastante dócil, no estaba muy seguro de a qué atribuirle ese comportamiento que nunca había visto en ella. Tiempo

atrás lo habría apartado de un empujón, pero ahora se dejaba tocar por él.

—No me pongas de eso —se quejó ella señalando el yodo.

—Es necesario, se te pude infectar.

—Se me quedará una mancha amarilla.

Valerio había tratado de poner cara seria desde que la vio, pero aquella afirmación le hizo soltar una carcajada.

—No le veo la gracia —espetó ella.

—Vale, lo siento. ¿Qué te pones cuando te haces una herida?

—Cristalmina.

—Me temo que aquí no hay de eso. Pero te colocaré un apósito y no se verá amarillo.

Ella no contestó, se subió la pernera del pantalón hasta la rodilla y se dejó hacer. También le lavó las manos con agua, ahora tendría que agradecerle más cosas. Nunca había imaginado que Valerio pudiera ser tan atento. Estaba descubriendo una faceta de él totalmente desconocida para ella. Al final tendría que darle la razón a J.M., que le había dicho una y otra vez que no conocía al verdadero Val.

Cuando salieron de la caseta, los obreros empezaban a marcharse. Carlos llegó para cerrarla y la vio herida.

—¿Está bien, señorita Cox? La puedo llevar a casa si se siente mal.

—No se preocupe.

—Espérame, voy por mis cosas —interrumpió Val.

Carlos miró a uno y a otro sin entender bien lo que se traían entre manos. Pero si un tipo como Valerio podía conseguir una chica como la señorita Cox, él también podría.

Ignorando a Carlos, Noelia fue cojeando hasta el coche y esperó a que regresara Valerio. No quería culparlo de todas sus desgracias, pero si estaba allí era por causa suya y lo que le pasó la otra noche también había sido por pensar en él. Quizá el destino se empeñaba en que hicieran las paces o en que se atuviese a las consecuencias.

Cuando Val llegó la encontró cabizbaja y con cara lastimosa. Sacudió la cabeza sin saber qué hacer con ella.

—Nunca vengas a una obra con esos tacones —soltó de pronto.

—No venía a la obra, solo... pasaba por aquí.

—¿Pasabas por aquí? —preguntó de forma irónica, pues estaba muy lejos de donde vivía.

—Bueno... más o menos.

—Vale... —Prefirió no insistir y hacerla sentir incómoda—. Entonces, ¿decidiste entrar?

—Quería hablar contigo, ya te lo he dicho.

—Bien, hablemos. Pero rápido porque Carlos me está esperando para llevarme de vuelta.

—Dile que se vaya, yo te llevo.

Valerio agrandó los ojos, no tenía la menor idea de qué quería decirle esa mujer. Si tanto lo odiaba, ¿qué hacía allí haciéndose la amable cuando nunca lo había sido? Entonces recordó las palabras de su hermana, pero las volvió a desechar. Ya había tomado una decisión respecto a Noelia, no quería seguir haciéndose ilusiones.

Sin abrir la boca, fue hasta Carlos y le pidió que se fuera. Después, regresó al coche, al que Noelia ya se había subido. Lo rodeó y entró por la otra puerta.

—Tú dirás.

Ella seguía siendo incapaz de sostenerle la mirada y Val, aunque se había dado cuenta de eso, no dijo nada.

—Gracias.

—No tienes que darme las gracias, no iba a dejarte tirada en la tierra.

—No me refiero a lo de ahora, aunque gracias también por curarme la herida.

—¿A qué entonces?

—A lo de la otra noche. Fui una completa tonta y tú... viniste en plena madrugada, cuidaste mi borrachera... me rescataste.

—Me llamaste, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Podrías haberme mandado a tomar viento fresco. Me lo merecía por la forma en la que te he tratado siempre.

—Y si te hubiera pasado algo, lo arrastraría en mi conciencia.

—¿Solo lo hiciste por eso?

—Sabes que no. Además, eres la hermana de mi cuñado.

—Podrías haberle llamado a él y te habrías desentendido.

—¿Acaso esperas alguna confesión de mi parte?

—N... no —tartamudeó—. Supongo que sigues enfadado conmigo.

—Estoy enfadado, sí, pero no contigo sino conmigo mismo.

—¿Y eso por qué?

Ella levantó la cabeza y lo miró, pero rápidamente volvió a bajarla.

—Déjame conducir a mí, no podrás con esa rodilla —dijo cambiando de tema.

—¿No me vas a contestar?

Noelia se miraba las manos mientras se las retorció.

Así que no lo iba a dejar correr, pensó Valerio. Pues si respuestas era lo que buscaba, respuestas le daría, se dijo a sí mismo.

Levantó una mano y tomó la barbilla de Noe para girarle la cara. Ambos se sostuvieron la mirada unos segundos antes de que él se acercase a ella con rapidez y la besase.

Noelia se quedó paralizada por la sorpresa, pero no lo rechazó y aquello animó a Valerio, que mordisqueó y lamió sus labios con suavidad, deleitándose en ellos, absorbiendo cada suspiro que salía de su boca.

Noe había correspondido a su beso contra todo pronóstico, pensó él. Se había arriesgado a llevarse un bofetón y una reprimenda, pero no había sido así.

Pasados unos minutos se separaron. Noelia tenía el corazón a punto de saltar del pecho. Jamás había sentido tantas cosas a la vez: nervios, pasión, excitación y ese nudo en el estómago que aparecía siempre que tenía a Val delante. Pero no podía olvidar qué clase de hombre era él, no quería ser una más de su lista de conquistas. Eso era algo que debía dejar claro, era lo que siempre le había hecho rechazarlo.

—No soy como esas chicas que te ligas en los bares, con las que hoy estás aquí y mañana no me acuerdo.

—Y yo no soy la aventura de un día y el polvo de una noche.

Noelia se puso color escarlata, ¿cómo sabía él eso? ¿Acaso su hermana le había contado algo de sus conversaciones?

Valerio salió del coche, lo rodeó y abrió la puerta del conductor. Noelia salió con la mirada clavada en el suelo y fue a sentarse al

otro lado. Mientras, Val arrancó el Mini y, en cuanto ella cerró, pisó a fondo el acelerador.

Había estropeado el momento, pensó él. Sí, muy posiblemente había metido la pata, pero se lo merecía, porque si ella no quería ser una simple aventura para él, él tampoco lo quería ser para ella.

Hicieron todo el camino en completo silencio y, cuando llegaron, Noelia entró a toda prisa en la casa. Encontró a J.M. echando agua con un pulverizador a las plantas que tenía en el salón.

—¿Cómo has podido? —bramó.

—Noe, ¿qué ocurre?

—Le contaste a tu hermano lo que hablamos.

—Ah... yo... no...

—Le dijiste que buscaba una aventura y lo demás.

—No es como tú crees. El domingo tu nombre apareció en nuestra conversación y... solo quería ayudarte, que mi hermano te comprendiera.

—No vuelvas a hablar de mí con él ni con nadie.

Dicho eso echó a correr hacia su habitación. Víctor escuchó el alboroto y apareció justo cuando Valerio también entraba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Víctor.

—Noelia se ha enfadado. —Miró a su hermano—. ¿Qué le has hecho?

—Tomad las llaves del coche, llamaré a un taxi.

—Yo te llevo y me cuentas qué ha pasado —se ofreció Víctor, a lo que Val asintió con la cabeza. No podía negarse a un hermano protector.

Por supuesto, no le contó que la había besado, solo que habían hablado de la noche en la que se embriagó y tuvo que ir por ella.

Capítulo 9

Diario íntimo de Noelia Cox

¿Cómo J.M. ha podido traicionarme así? Está de parte de su hermano, es comprensible, yo también me preocupé por Víctor cuando la conoció a ella. Y la pregunta que no puedo quitarme de la cabeza: ¿Qué quiso decir con aquellas palabras?

Llevaba varias noches tomando valeriana para poder dormir. Tanto el beso de Val como sus palabras posteriores le habían quitado el sueño. No dejaba de darle vueltas, ella le había dicho que no era un ligue de discoteca y él a su vez le informó de que él tampoco era una aventura. Entonces, ¿quería algo serio con ella? Era la única conclusión a la que llegaba cada vez que se hacía esa pregunta. ¿Y si todos esos intentos de conquistarla eran reales? Eso significaba que llevaba varios meses tratándole muy mal y aun así no había desistido. Ahora recordaba cómo J.M. había intentado venderle a su hermano como un buen hombre.

Tendría que volver a hablar con él, pero ese estúpido arrogante no le había mandado ni un solo mensaje en todos esos días.

Además de todo eso, ese mismo día recogería las llaves de su nueva casa y todavía no se lo había contado a su hermano. ¿Cómo iba a conciliar el sueño?

Tras darse una ducha rápida y bastante fría para despejarse, se visitó con rapidez y bajó a desayunar. Era tan temprano que todavía

no se había levantado su hermano, que solía ser el primero en llegar a la cocina.

Sabiendo que les iba a dar un disgusto, decidió hacer tostadas y zumo de naranja para todos. Les pondría de buen humor antes de darles la noticia.

—¡Vaya! Mi hermanita ha madrugado hoy.

—Hola, Víctor.

Después de saludarse, Víctor la ayudó a poner la mesa y ambos se sentaron y comenzaron a comer. J.M. se incorporó poco después.

—¡Zumo de naranja! Me encanta —comentó nada más sentarse con ellos. Agarró la jarra y se llenó el vaso hasta arriba.

Ahora que los dos estaban contentos era el momento de soltar la bomba, pensó Noelia. Así que tomó aire y lo dijo de un tirón.

—Me he comprado una casa, no está muy lejos de aquí. Ya tengo las llaves y en cuanto la arregle un poco y la amueble, me mudaré.

—¿Qué? —Víctor agrandó los ojos y frunció el ceño.

—Ya me has oído.

—No te vas a ningún lado, somos una familia y la familia vive junta.

—Tranquilo, Víctor, no me voy de la ciudad. Estaré a unos pocos kilómetros de aquí.

—Les hice una promesa a nuestros padres.

—Y la cumpliste. Soy adulta, sé cuidarme sola y vosotros necesitáis intimidad.

—No lo hagas por nosotros —intervino J.M.—, sino por ti.

—También lo hago por mí.

—J.M., te tengo dicho que no le des consejos a mi hermana.

—Tu hermana tiene derecho a vivir su vida. Déjala, Víctor.

Víctor se quedó mirando a su mujer y después pasó la vista a Noelia. Suspiró con tristeza, quizá fuera bueno para ella. Últimamente no la había visto bien y esa borrachera que cogió debió de ser una señal de socorro ya que nunca había hecho nada parecido.

—Nos veremos todos los días en la oficina —argumentó Noe—. Y seguiremos comiendo juntos los domingos, como una familia.

—Está bien, te daré tu parte de la casa.

—No tienes que darme nada —dijo sorprendida, ya que jamás había pensado en pedírsela.

—Es lo justo, la casa nos la dejaron nuestros padres. Si te marchas te daré tu parte y te vendrá bien para arreglar la tuya.

—Pero Víctor...

—No me vas a convencer de lo contrario. Está decidido.

Noelia no pudo evitar emocionarse con las palabras de su hermano. Siempre había sido justo, siempre la había cuidado. Se sentía inmensamente orgullosa de tenerlo junto a ella.

Sus ojos comenzaron a brillar y se levantó rápido para que no la viera. Antes de cruzar la puerta de la cocina, se giró y lo miró.

—Te quiero, Víctor.

Se volvió a girar para marcharse, pero Víctor fue más rápido y la agarró del brazo, deteniéndola.

—Yo también te quiero, Noe. —Y se fundieron en un abrazo que hacía mucho tiempo no se daban.

Noelia comió aquel día en la oficina porque quería adelantar trabajo. Por la tarde iría al que sería su nuevo hogar para comenzar a decorarlo a su gusto. Mientras revisaba papeles, su mente volaba de vez en cuando hacia Valerio y el beso que se habían dado. Cuando eso sucedía sacudía la cabeza para volver al trabajo. No estaba muy segura de qué hacer al respecto, pero no iba a pensar en eso ahora.

Su secretaria todavía no había llegado cuando la puerta, que tenía entreabierta, se abrió de golpe. Levantó la cabeza y abrió los ojos con sorpresa al ver quién caminaba hacia ella.

—Deberías llamar antes de entrar —le reprochó ella.

—Solo vengo a darte lo que quieres —contestó Carlos con una media sonrisa.

—¿Qué sabrás tú lo que quiero?

Carlos avanzó aún más hasta llegar al escritorio donde ella estaba trabajando. Se sentó sobre unos papeles y se inclinó de un modo intimidatorio.

—Sé que te gustan los obreros rudos y sin modales y se rumorea que ese nuevo no te hace ningún caso.

Noelia se levantó de un salto, se separó de él y posó la mirada en el teléfono que tenía sobre la mesa. Estaba demasiado cerca de Carlos y, por ende, fuera de su alcance. Entonces pensó en dónde había dejado el móvil y recordó que lo tenía dentro de su chaqueta, que colgaba de la silla.

Sin un momento para vacilaciones, Noelia se agachó para alcanzar el bolsillo, pero Carlos también fue rápido puesto que, antes de ella poder sacar el móvil, ya lo tenía detrás.

—No te hagas ahora la remilgada, lo has deseado con ese Valerio.

—¡No te atrevas a compararte con él!

Carlos la agarró de la cintura y la lanzó contra la mesa para, segundos después, colocarse sobre ella. Noelia comenzó a gritar mientras con las manos trataba de quitárselo de encima, pero era demasiado pesado y muy fuerte. No tenía ninguna posibilidad. Tanteó con los dedos el escritorio en busca de algo con que golpearlo y pudo alcanzar el teléfono, pero no fue lo suficientemente rápida y el obrero le lamió el cuello justo antes de ser golpeado en la cabeza. Cuando aflojó su agarre, Noelia trató de escapar.

—¡Maldita zorra! Ahora te vas a enterar.

Carlos la agarró por el pelo, deshaciendo así su moño, antes de que llegase a la puerta. La arrastró nuevamente hasta el escritorio para volver a tumbarla allí cuando sintió otro golpe en la cabeza.

—¡Joder!

Al darse la vuelta encontró a una chica pequeña y delgada que sostenía un sujetalibros que había cogido de la estantería. J.M. había escuchado alboroto al pasar por la puerta de la oficina de su cuñada y no se lo pensó dos veces para entrar. No podía creer que alguien se atreviera a abusar de una mujer en la constructora, y nada menos que a la dueña.

—Ven a por mí, ¿crees que me asusta tu tamaño?

El hombre, rabioso, fue a por J.M., pero esta estaba preparada y le asestó una patada en la entrepierna que lo hizo caer de rodillas.

Se acercó más a él y le metió un puñetazo en la cara haciendo que su nariz crujiera y comenzase a soltar sangre a borbotones.

—¡Hija de puta! Me has roto la nariz.

—Y da gracias que no te he roto otra cosa.

Fue entonces cuando llegó Víctor Cox y descubrió lo que había sucedido solo con ver el espectáculo que su hermana y su mujer habían armado. Sin necesidad de llamar a seguridad, sacó a ese desgraciado a patadas de la constructora y una vez en la calle llamó a la policía y a la ambulancia. Ahí acababa la trayectoria profesional de Carlos en la empresa.

—¿Estás bien? —preguntó J.M.

—Ahora sí, gracias. —Fue hasta sus brazos y lloró en su hombro —. Nunca me gustó cómo me miraba ese hombre cuando pasaba a la obra.

—Debimos echarlo antes.

—No se lo digas a tu hermano —le pidió Noelia.

—¿Por qué no?

—Se alteró mucho cuando me sucedió aquello con Adrián. No quiero que se meta en problemas y, además, Víctor se ha encargado.

—Está bien.

Habían pasado un par de días desde que Noelia se llevara el tremendo susto, había tenido que poner una denuncia y hacer una declaración. Ahora necesitaba distraerse y continuar con sus planes como si nada hubiese pasado.

Se encontraba en su nueva casa haciendo una lista de todo lo que iba a comprar y las tiendas que iba a visitar. Pero, antes de todo eso, necesitaba pintar. Había pensado en que las paredes del pasillo fueran color crema, al comedor podría ponerle una pared de color intenso y el resto de crema o blanco, según el que eligiera. En el resto de habitaciones haría lo mismo, aunque vería los muebles primero antes de decidirse por el color.

Así que lo único que tenía claro era el pasillo. Podría llamar a uno de sus obreros, no todos eran como Carlos y seguro que había

alguno que necesitara un dinero extra. El primer rostro que se le pasó por la cabeza fue Valerio. Cómo no, pensó. Seguramente no se había enterado de nada y esperaba que así siguiese.

La cosa era que, para pagarle a otro, le podría pagar a él, que sabía que lo necesitaba ya que se acababa de mudar a una casa de alquiler. Pero si lo llamaba, ¿qué iba a pensar? Quizá que quería repetir el beso. Lo cierto era que no estaría mal repetirlo, pero él no la había llamado desde entonces. ¿Qué interés podría tener? Claro que ella se enfadó la última vez que se vieron. Podría llamarle y ofrecerle el trabajo, nada más que trabajo. De hecho, se lo pediría a su secretaria.

Con ese pensamiento positivo, salió de la casa y fue a encargar los muebles. Al día siguiente lo llamaría.

Capítulo 10

Diario íntimo de Noelia Cox

Hoy he podido dormir un poco mejor, no sé si será porque ya le dije a Víctor que me marcharé, porque ya tengo mi propia casa o porque... veré muy pronto a Valerio.

Había aparcado la moto y se dirigía hacia la casa de Noelia. El día anterior la secretaria de ella lo había llamado para ofrecerle un trabajo extra. Subiría y vería de qué se trataba ya que no le habían dado ningún detalle.

Se sentía nervioso por volver a verla, habían pasado muchos días desde que la besó sin pensar en las futuras consecuencias. En un principio creyó que lo despedirían, pero no. Todavía tenía trabajo y, ahora, Noelia le ofrecía otro. ¿Qué significaba aquello?

No había hablado con ella desde entonces porque había querido darle tiempo para pensar. Según su hermana, se sentía confusa. ¿Habría decidido ya qué quería de él? Esperaba que sí y que ese supuesto trabajo solo fuese una excusa para hablar con él, para verle de nuevo. Hacía demasiado tiempo que la quería, pero si ella no lo aceptaba, estaba dispuesto a desistir de una vez por todas.

Pulsó el portero automático y, sin recibir respuesta, la puerta se abrió. Entró en el rellano y fue hasta el ascensor. Mientras subía hasta la séptima planta, donde vivía Noelia, recordó el beso que se dieron en el coche. Ella se lo había devuelto, todavía podía sentir su lengua rozando la suya propia, su aliento cálido y embriagador. También recordaba los pequeños gemidos que emitió su garganta,

las manos que habían rozado su torso. Cómo deseaba tenerla de nuevo.

La puerta estaba entreabierta, empujó ligeramente y dio varios pasos al interior de la vivienda.

—¿Noelia?

—Entra, estoy en la cocina.

Cerró la puerta y siguió la voz femenina hasta donde se encontraba.

—Hola —la saludó él.

—Hola —respondió ella mirándole a los ojos por primera vez desde hacía días.

Durante unos segundos interminables, ambos permanecieron en silencio. Valerio dio un largo suspiro antes de hablar.

—¿Y bien?

—Ah... —Noelia había perdido momentáneamente la voz al verle aparecer con su porte masculino y sus ojos transparentes—. Quería pintar las paredes y bueno... pensé en contratarte a ti... si quieres, claro.

—Así que pintar las paredes —repitió con un tono de decepción.

Valerio no estaba seguro de cuáles eran sus sentimientos. Había pensado que quizá le pediría otra cosa, pero no, solo era trabajo. Sin embargo, lo había llamado a él en lugar de a cualquier otro. Eso podía significar algo, por lo pronto su comportamiento hacia él era diferente al que había llevado hasta ahora. Tal vez algo estaba cambiando entre ellos, tal vez podían empezar a entenderse.

Volviendo la esperanza a su cuerpo, Val le dedicó una de sus habituales sonrisas.

—Acepto.

Noe estuvo a punto de perder el equilibrio cuando lo vio sonreír, hacía mucho que no le dedicaba una. Y ahora que pensaba en que sus motivos eran diferentes a los que ella había imaginado todo ese tiempo, se sintió aliviada de ver que Val podía volver a ser como había sido siempre. Conocer su lado serio y distante no le había gustado para nada.

Valerio acompañó a Noelia a comprar la pintura para que eligiera los colores que deseaba y a la semana siguiente se puso manos a la obra. Le dedicaba unas tres horas al día a la salida del trabajo. Ella le había entregado las llaves del piso porque no podía estar presente todos los días. Val le mandaba fotos y mensajes de vez en cuando para que viera cómo iba el progreso, siempre acompañados de una carita irónica. Ella reía cada vez que veía uno de sus mensajes. Cómo era posible que aquella tontería la alegrase tanto.

Llevaba casi dos semanas cuando la avisó de que terminaría el trabajo esa misma tarde. Ella acudió para ver el piso acabado. Se encontraba en la cocina viendo unos catálogos de muebles cuando Valerio entró.

—Bien, se acabó.

—Ha quedado precioso, eres muy mañoso.

«Vaya, un cumplido», se dijo Val, y le contestó con una sonrisa traviesa. Se lo había pedido muchas veces y siempre le había dicho que no, pero esa vez tenía el presentimiento de que aceptaría.

—Salimos a cenar el sábado, para celebrarlo.

—No puedo, tengo un compromiso.

En qué momento pensó que aceptaría una invitación suya. Era un idiota, se dijo Val resignado.

Sí, Valerio volvía a ser el de siempre, pensó ella, y por primera vez lamentó de verdad no poder aceptar su invitación ya que había quedado con su hermano y un cliente.

—¿Puedes pasar mañana por mi oficina? Sobre el mediodía, tengo que ir al banco y preparar lo que te debo.

—Claro, mañana nos vemos.

—Y... después podemos...

Noelia había pensado en comer juntos después de pagarle, ya que había tenido que declinar la invitación de él. Pero el teléfono móvil sonó y no tuvo tiempo de decírselo. Rebuscó en su bolso y lo sacó.

—Es del trabajo, tengo que contestar.

Él asintió con la cabeza mientras la veía marchar con el teléfono en la mano. Resopló al pensar que había vuelto a rechazar su invitación, ¿tendría una cita el sábado? ¿Con un hombre? Solo

esperaba que tuviera sentido común y no fuese con el tío de la otra vez.

Val se asomó al pasillo y escuchó la voz de Noelia, que seguía enfrascada en la conversación. Volvió a la cocina y observó cómo asomaba un cuaderno de su bolso. Su agenda, se dijo. Quizá pudiera averiguar qué era ese compromiso del sábado. Con ese pensamiento en mente se dirigió hacia el bolso. Lo cogió y sacó la agenda cuidadosamente, la abrió y comenzó a leer por una página de en medio.

...tengo que lidiar con el arrogante e impertinente de Valerio...

Valerio me tiene totalmente desconcertada... además, se ríe de mí... por qué es tan persistente si anda con aquella pelirroja. ¿Todavía estará con ella?

«Pero ¿qué es esto?», se preguntó Valerio confuso. Aquello no podía ser la agenda de Noe. Pasó algunas páginas más.

Me olvidaré de Valerio por una noche, lo pasaré en grande...

Ni eché un polvo, ni hubo juerga, ni aventuras. Además, tuvo que ser Valerio quien me rescatara...

Avanzó algunas páginas más.

¿Por qué siempre tengo que pensar en Valerio? Quizá porque todavía no le he dado las gracias por rescatarme...

Maldita sea, ¡era su diario! Cuando fue consciente de ello, lo cerró rápidamente y se dispuso a devolverlo al bolso de donde lo había sacado. Pero no le dio tiempo, se había entretenido demasiado leyendo aquellas páginas.

—¿Qué estás haciendo?

—Yo...

Noelia avanzó hacia él y le arrebató el cuaderno de las manos.

—¡Has leído mi diario! ¡No tenías ningún derecho! Es mi intimidad.

—Lo siento, no lo sabía, pensé que era tu agenda y...

—¿Acaso no tienes respeto por nada?

—Te respeto, no te imaginas cuánto.

—¡Fuera de mi casa!

—Espera, Noe.

—¡Que te vayas!

Valerio decidió marcharse. Noelia estaba demasiado enfadada para que pudiese explicarle, para que tratase de entender qué era lo que había pasado, cómo había acabado leyendo su diario sin querer.

Cuando llegó a su casa, se tumbó sobre la cama, abatido. Los últimos días había conseguido acercarse a Noe como no lo había hecho en meses, pero acababa de estropearlo todo.

¿Y por qué ese diario hablaba de él? Había visto algunas fechas y se remontaban a meses atrás. La noche que tuvo que ir a buscarla, le había confesado que pensaba en él y, por lo que había leído allí, era cierto. Noelia sentía algo por él desde hacía mucho, aunque no estaba muy seguro de qué, pero era evidente si su nombre aparecía cada día en ese cuaderno.

De todas formas, acababa de arruinarlo todo. Ella tenía razón, había violado su intimidad y se merecía el destierro.

Mientras se odiaba a sí mismo, cerró los ojos y trató de dormir.

Capítulo 11

Diario íntimo de Noelia Cox

Lo ha leído, lo ha leído, lo ha leído. Valerio ha leído todo cuanto he escrito sobre él. ¿Cómo ha podido hacerme esto? Y ahora, ¿cómo podré mirarle a la cara? Me moriré de vergüenza. Pensé... que quizá... Ya no importa.

Noelia tenía sobre su escritorio el sobre con el dinero de Valerio. Había pensado en dárselo a J.M. y que ella se lo entregase, pero después de no pegar ojo en toda la noche, sería mejor hablar con él. Dejar las cosas claras, que no pensase que estaba loca por él, ni mucho menos. Se prometió a sí misma no ser una más en su harén de mujeres y pensaba cumplirlo. Ya que había leído sus pensamientos, lo mejor sería aclarárselos del todo.

Esperó durante todo el día, pero Val no apareció. Antes de marcharse pasó por la oficina de J.M. y le entregó el sobre para que se lo diera a su hermano. Ella lo cogió con pesar. Val le había llamado el día anterior para contarle que todo había acabado entre Noe y él, aunque en realidad no sabía muy bien qué era lo que se había acabado pues ellos nunca llegaron a salir juntos.

—¿No hay posibilidades de que hagáis las paces?

—No.

—¿Qué pasó?

—¿No te lo ha contado tu hermano? —preguntó ella un poco resentida.

—Solo me dijo que ya no volvería a molestarte nunca más. No quiso contarme por qué.

—Claro, no le interesa que lo sepas.

—¿Ha hecho algo malo? —Como no le contestaba, J.M. insistió —. Si tengo que echarle un rapapolvo, lo haré, ten por seguro que no lo voy a defender.

Noelia pensó durante largos segundos si se lo contaba a su cuñada o no. Decidió confiar en ella. Necesitaba hablarlo con alguien y quién mejor que la hermana del culpable. Además, lo ocurrido semanas atrás, cuando ella pensó que J.M. la había traicionado, ya había quedado aclarado; J.M. era su mejor aliada.

—El muy sinvergüenza leyó mi diario.

—¡No puede ser! ¿Cómo ha podido?

—Dijo que no sabía que era mi diario y no sé qué historia que ya no quise escuchar.

—Lo siento muchísimo, Noe. No tenía ningún derecho, te aseguro que lo voy a regañar fuertemente.

—Ya no importa, está hecho.

—Y... ¿era muy importante lo que tenías escrito? —J.M vaciló antes de hacer la pregunta.

—Eran cosas íntimas, divagaciones mías, estupideces si las quieres llamar así.

—Nunca llamaría estupideces a lo que sientes.

—Es que... es que... hablo mucho de él en mi diario —confesó vacilante.

—¿En serio? ¿Y puedo saber el porqué?

—Ni yo misma lo sé, J.M. —Noelia comenzó a pasearse un tanto nerviosa por la oficina—. Sabes que Valerio ha tratado de salir conmigo desde hace meses y yo siempre rehusé por su arrogancia y prepotencia, pensando que solo sería una conquista más en su vida.

—Entiendo.

—Así que hablo de ese tipo de cosas y me molesta mucho que él se haya dado cuenta de que siempre estaba en mi mente. —Dejó de pasearse y se paró frente a su cuñada con los ojos muy abiertos, como si acabase de hacer un descubrimiento—. Dios mío, hasta ahora no me lo había planteado así.

—¿Te gusta Val?

—Bueno... había empezado a gustarme en estas últimas semanas, me había demostrado no ser el hombre que yo había imaginado que era. Pero entonces, lee mi diario y lo estropea.

—Quizá cuando se te pase un poco el enfado, podrías darle una oportunidad.

—No me pidas eso, por favor.

—Está bien, lo entiendo. Estás muy cabreada, pero si es cierto que sientes algo por mi hermano, puede que te arrepientas de no haberle perdonado.

¿Y si J.M. tenía razón? Pero no podía perdonarle sin más, como si nada hubiese pasado. Se sentía demasiado humillada, traicionada. No podía, no podía. Pero tampoco quería arrepentirse después. ¿Qué hacer?

Habían pasado tres días desde que Noelia le pidiese a Valerio que se marchara y no volviera nunca. Y él le había hecho caso, pues no había dejado ni un miserable mensaje.

J.M. la miraba de forma rara cada vez que se cruzaban durante el desayuno o la cena y, por más que se moría por preguntarle, se negaba a hacerlo.

Suspiró abatida. Su diario volvía a ser aburrido y monótono, como siempre. Se había dado cuenta de que solo Valerio le daba vida y lo odiaba por ello. Oh, sí, lo odiaba.

Se levantó de la silla, cogió su bolso y salió de la oficina. Tenían una comida con todos los socios de la Constructora Cox. Hablarían de la empresa en un ambiente relajado, a todos les vendría bien, especialmente a ella.

Sin esperar a Víctor y a J.M., Noelia se subió en su Mini y condujo hasta el restaurante. Dejó el coche en el parking y caminó hasta la entrada, donde algunos socios ya habían llegado.

No tardó en aparecer Víctor con su mujer. Eran una pareja bastante dispar, él con su traje y corbata y ella con sus vaqueros desgastados. Rio al pensarlo, pero la sonrisa solo duró un instante al caer en la cuenta de que Val y ella eran igual de dispares.

Una vez todos hubieron llegado, entraron al salón comedor. Era muy amplio, preparado para dar grandes banquetes, incluso tenía una pequeña tarima en uno de los laterales. Recordó, entonces, que en la cena de los sábados solían tener música en directo.

Una gran mesa redonda estaba reservada para ellos, cada uno tomó asiento y el camarero se apresuró a tomar nota a todos los comensales.

Acababan de llevarles las bebidas cuando una música muy roquera comenzó a sonar. Noelia, como todos, volteó la cabeza hacia la tarima y se quedó boquiabierta al verle ahí arriba moviéndose al son de *Chiquilla* del grupo Seguridad Social. Llevaba unos vaqueros rasgados que dejaban al aire parte de las rodillas y una camiseta azul marino, bastante ajustada, cubría su pecho. El pelo alborotado, como lo llevaba siempre, y esa sonrisa que no sabía si odiar o adorar.

La letra comenzó a salir de la boca de Valerio y ella no pudo evitar escuchar cada palabra de esa canción.

*Porque llevo todo el día sufriendo
y es que la quiero con toda el alma
y la persigo en mi pensamiento
de madrugada.*

Valerio puso todo su amor en aquella canción. Había sido consciente de su error, de que no había hecho las cosas bien con Noelia. Pero tras leer su diario y conocer sus sentimientos supo que tenía que recuperarla, que no la dejaría escapar. Esa vez le demostraría que era un hombre de fiar, un hombre con el que se podía contar y no el mujeriego que ella imaginaba.

Llegando a la estrofa final, Noelia no pudo aguantar la emoción y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

*Y yo le tengo que decir pronto
que estoy loquito de amor por ella
y que sus ojos llevan el fuego
de alguna estrella.*

Valerio bajó de la tarima con el micro en la mano y se acercó a ella. Le limpió las lágrimas con la yema de los dedos y acabó la canción con una rodilla en tierra.

—No llores, cariño —le rogó Val—. Perdóname.

—La canción es preciosa.

—Pero ¿me perdonas?

—¿Sabes qué pensaba esta mañana?

—¿Qué?

—Que mi diario sería muy aburrido si tú no aparecieras en él.

Val se incorporó y tomó a Noe en brazos para besarla con toda la pasión que guardaba para ella, solo para ella.

El mundo a su alrededor había dejado de existir, así que no vieron la cara de espanto de algunos socios, los aplausos de otros y el intenso abrazo que Víctor y J.M. se dieron.

—Supongo que sabías algo de esto —dijo Víctor a su mujer.

—Supones bien.

Cuando al fin la pareja logró separar sus labios, fue Val quien habló primero.

—¿Quieres ser mi novia?

—Veo que ese beso no te lo ha dejado claro.

Entonces, Noe se enganchó a su cuello y le devoró la boca. Ser la novia de Valerio iba a ser toda una aventura.

La emoción era tan intensa que Noelia se veía incapaz de seguir en aquella reunión de trabajo. Víctor estaba conmovido de ver a su hermana feliz, al fin la vida la hacía sonreír.

—Val, llévatela.

Valerio miró a su cuñado, satisfecho de tener su aprobación. Después, cogió a Noelia en brazos y la sacó del restaurante. Ambos se subieron a la moto, ella agarró su cintura con la emoción bullendo en sus venas y Val le dio puño para salir a toda velocidad.

La llevó hasta su casa, donde la depositó en la cama entre risas. Noelia no podía imaginar que haber aceptado a Valerio fuera así: divertido, emocionante y muy excitante.

—Te voy a dar eso que tanto querías —comentó él.

—¿Un polvo?

—No, tonta. Una aventura, una que durará para siempre.

Dicho eso, comenzó a quitarse la ropa mientras fijaba la mirada en la mujer que tenía sobre su lecho. Todavía llevaba puesto el elegante traje y el moño repeinado que tanto lo enamoró la primera vez que la vio.

Noe vio su rostro travieso y se perdió en sus pectorales cuando se quitó la camiseta. En verdad que Valerio estaba muy bien dotado.

No pudo evitar morderse el labio inferior y llevarse una mano al pecho. Lo deseaba, deseaba ser suya en cuerpo y alma. Ahora entendía por qué no pudo acostarse con Adrián ni con ningún otro hombre desde su adolescencia. Nunca había experimentado esa fuerte excitación que sentía ahora, el deseo de tocar el cuerpo masculino y ser tocada por él. Se sentía muy tonta por haber desperdiciado los meses que Valerio fue tras ella, aunque eso le había servido para conocerlo más a él y a sí misma.

—Si sigues poniendo esa cara, te arrancaré la ropa.

Ella dejó de morderse el labio y rio de forma traviesa. Val se quitó los pantalones y se quedó en ropa interior plantado frente a ella, tratando de controlarse para no saltar encima y asustarla.

—Todavía te falta una prenda. —Noe volvió a reír de esa forma que lo estaba volviendo loco.

—¿Tú no piensas quitarte nada?

—Me gusta la visión que tengo desde aquí.

—Se acabó. Ahora verás.

Saltó sobre ella colocando una rodilla a cada lado de su cuerpo. Agachó la cabeza y devoró su boca. El sabor de su pasión lo inundó, pudo apreciar la inocencia en su beso y eso lo excitó aún más. Valerio pasó los labios por la curva de su garganta mientras le desabrochaba la camisa de forma desesperada, tanto que hizo saltar algunos botones.

—¡Eh! —protestó Noelia mientras reía.

—Ha sido culpa tuya por tenerme así.

Los labios de Val llegaron hasta el canal de sus pechos. Ella le ayudó a quitarse el sujetador y lo lanzó por la habitación. Entonces, él se apoderó de su botón rosado y sensible y Noe no pudo evitar dejar escapar un grito de placer. Ella también quería

proporcionárselo, así que su mano derecha fue directa a la parte íntima masculina. Lo frotó por encima del bóxer y pudo sentir cómo crecía más y más en el interior de la prenda.

Tratando de ignorar el deseo de penetrarla ya mismo, Val continuó los besos por el abdomen de su amante hasta llegar a la cinturilla del pantalón. Lo desabrochó con rapidez y se incorporó para, con un tirón, deshacerse de él.

La visión de Noe en braguitas estaba poniendo a prueba su templanza. Quería hacerlo despacio y hacerla disfrutar, pero le estaba resultando arduo.

Valerio volvió a colocarse sobre ella y, con ambas manos, le quitó la única prenda que la cubría. Después se agachó para continuar besándola por donde se había quedado. Ella abrió mucho los ojos cuando descubrió lo que iba a hacer.

—¡Espera!

—Solo disfruta.

Y, con esa sola palabra, Val besó su parte más femenina haciéndola retorcerse de placer. Noe jamás había sentido nada igual, ese hombre era un amante generoso y muy complaciente, demasiado para su bien.

Sin poder imaginar lo que se avecinaba, llegó al orgasmo de forma catastrófica, como un tornado cuando arrasa una ciudad. Clavó las uñas en sus hombros mientras se convulsionaba, quedando exhausta segundos después.

—Buena chica.

Valerio cogió el preservativo, que tenía preparado, y se lo colocó dispuesto a hacerla suya.

Volvió a ponerse sobre ella y la penetró despacio pero con decisión. Un fuerte gemido escapó de la boca de Val al sentir su miembro apretado en el interior de Noelia. Ella solo jadeó al sentirlo dentro, alzó las manos y le tomó el rostro para acercarlo a ella. Ambos ahogaron los gritos en sus bocas y la danza del amor continuó no mucho más de unos cuantos minutos, pues el anhelo había sido tan grande que les era imposible contenerse.

Las manos femeninas recorrieron los músculos de su espalda mientras él alcanzaba la cima de su propio placer.

Jadeante, Valerio se dejó caer a su lado. Colocó la cabeza sobre los pechos de Noe mientras enlazaban las manos.

—Gracias, Val —musitó llamándolo por su diminutivo por primera vez.

—¿Qué? Gracias a ti por aceptarme.

—A ti por no rendirte.

—Supongo que ambos cometimos errores.

—Ahora toca recuperar el tiempo que hemos perdido.

Con una risotada, Val levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Por supuesto, te voy enseñar de cuántas formas diferentes se puede echar un polvo.

Noelia no pudo más que reír. Al fin iba a tener su aventura, una que duraría para siempre, y sería con el último hombre que había imaginado. Pero la vida era así de impredecible y así lo había visto, anteriormente, en la historia de su hermano.

Epílogo

Hacía un par de meses que Valerio se había mudado a casa de Noelia, esa que había pintado tiempo atrás y por la que se negó a cobrar un solo euro.

Noelia había dejado de escribir su diario, pues Val hacía que sus días no fueran nada aburridos. Además, prefería vivir cada sentimiento que escribirlo. Él había demostrado ser el hombre de sus sueños, estaba pendiente de ella y de sus cosas. Y le encantaba compartir con ella todas sus aficiones, así que prácticamente no se separaban más que para trabajar.

Víctor le había ofrecido el puesto de encargado de obra, que, tras la marcha de Carlos, estaba libre, pero él lo rechazó porque hacía muy poco tiempo que trabajaba en la empresa y había otros con más experiencia. Aquello lo llevó a discutir con Noe porque recordó el incidente que tuvo con Carlos y que nadie tuvo la gentileza de contarle. Ni su hermana ni su cuñado le habían dicho una palabra. Se enteró cuando tuvo que acompañarla para una segunda declaración y le hizo prometer que jamás le ocultaría algo tan importante.

La discusión por rechazar el empleo y ocultarle información acabó en la cama riéndose y amándose, como acababan todas las disputas que aparecían entre ellos.

Aquel día tenían junta de socios en el restaurante habitual, a la que Val se negó a acompañar a Noelia porque él no lo era. Le

pareció una estupidez porque J.M. tampoco era socia y sí acompañaba a Víctor, pero claro, ellos estaban casados.

Entraron todos en el restaurante, se sentaron en la mesa redonda que reservaban siempre para ellos y pidieron el menú acordado.

De pronto, una preciosa melodía comenzó a sonar. Era *Hasta mi final*, de Il Divo; Noelia adoraba esa canción. La letra comenzó a sonar y ella abrió los ojos como platos. Era su voz, era él otra vez.

Se giró para verle sobre la tarima cantando aquella romántica canción. Con cada palabra, ella soltaba una lágrima, era imposible no hacerlo. Amaba tanto a Valerio, tanto...

*Hoy te prometo
amor eterno
ser para siempre
tuyo en el bien y en el mal.*

«Oh, Dios mío», se dijo J.M. desde su lado de la mesa. Jamás había imaginado esa faceta romántica de su hermano. Ambos hacían una pareja maravillosa.

Cuando la canción acabó, Valerio dejó el micro, se bajó del escenario y fue hasta ella. La vio levantarse para correr a sus brazos, pero, con un gesto de la mano, le pidió que no se moviera de donde estaba.

Colocó una rodilla en tierra, como ya hiciera hacía casi un año, pero esa vez por un motivo bien distinto. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una cajita de terciopelo, la abrió y le ofreció el anillo que allí había.

—¿Te casas conmigo?

—¡Claro que sí!

Noelia se lanzó a sus brazos con tanta fuerza que le hizo perder el equilibrio y ambos acabaron rodando por el suelo del restaurante.

Algunos socios los miraban como si dijesen «ya están otra vez», otros aplaudían emocionados, reían y comentaban lo sucedido.

Víctor y J.M. ya se esperaban esa petición pues Valerio los había avisado. Se alegraban mucho por los dos. Ahora sí serían una familia completa.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparás desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com